

PERSPECTIVAS HISTORIOGRÁFICAS SOBRE LA COLONIZACIÓN GRIEGA*

HISTORIOGRAPHICAL PERSPECTIVES UPON GREEK COLONIZATION

Estefanía Alba Benito Lázaro, Manuel Alejandro Cruz Martínez, Elisa Gómez-Pantoja Güemes, María Pontón Choya, Antonio Rodríguez Fernández
Alumnos de 5º de Licenciatura de Historia (UCM)

Resumen: Análisis del problema histórico de la colonización griega de época arcaica en Occidente desde el punto de vista de cinco tendencias historiográficas actuales: Positivismo, Marxismo, Estructuralismo, Posmodernismo y Poscolonialismo. Comentario de los diferentes métodos interpretativos que emplea cada una de ellas en relación con el objeto de estudio en cuestión.

Palabras clave: Colonización griega, época arcaica, tendencias historiográficas, historiografía, Positivismo, Marxismo, Estructuralismo, Posmodernismo, Poscolonialismo.

Abstract: Analysis of the historic problem which Archaic Greek colonization of the West represents, from the point of view of five current historiographical tendencies: Positivism, Marxism, Structuralism, Postmodernism, and Postcolonialism. Commentary on the different methods of interpretation that each of them uses regarding the studied issue.

Key words: Greek colonization, Archaic Age, Historiographical Tendencies, Historiography, Positivism, Marxism, Structuralism, Postmodernism, Postcolonialism.

Para citar el artículo: VV.AA., “Perspectivas historiográficas sobre la colonización griega”, en *Ab Initio*, Núm. 8 (2013), pp. 45-86, disponible en www.ab-initio.es

Recibido: 19/10/2012

Aceptado: 15/01/2013

INTRODUCCIÓN

La imagen del arqueólogo intrépido que, ataviado con una sahariana caqui, asiste maravillado a un hallazgo grandioso del pasado más remoto ha llegado a convertirse en un tópico recurrente de la percepción generalizada sobre qué es la historia a día de hoy. No puede negarse que esta visión, difundida con generosidad, supone cierto fracaso en la comunicación que toda ciencia ha de tener con la sociedad, pues de ella se infiere la presunción de que la historia no es más que la reconstrucción, más o menos precaria, de un pasado estático que está esperando a ser descubierto. El papel del historiador queda relegado, de esta manera, al de un simple compilador de datos que los gestiona de la forma más atinadamente posible, de ahí que normalmente se acentúe la memoria como su herramienta básica.

Pero nada más lejos de ello, tal y como tenemos intención de reflejar en el presente artículo, la historia es una ciencia viva, dinámica, cuya interpretación depende de numerosos condicionantes del pasado y del presente, del elemento vertebrador de la ideología. Al fin y al cabo, la historia difícilmente puede ser total al no existir un pasado absoluto, sino obediente a diferentes premisas de base, a distintas formas de procesar *la realidad*. Aunque normalmente, por cercanía, se tiende a pensar en la historia contemporánea como un periodo de estudio con mayores connotaciones políticas, éstas se extienden por cada época analizada como elemento inherente de nuestra ciencia. Por supuesto los siglos de la colonización griega, que tan distante pueden parecer, tampoco serán una excepción en este sentido tal y como tendremos oportunidad de comprobar.

Las tendencias historiográficas que hemos elegido para evidenciar las enormes posibilidades de interpretación— positivismo, marxismo, estructuralismo, post-modernismo y post-colonialismo — sirven de repaso para un largo devenir historiográfico. Debe advertirse que cada una de ellas no es un conjunto aislado y hermético, ni una herramienta neutra que el historiador elige según las circunstancias, sino grandes nociones abstractas con elementos de convergencia y divergencia. A través de ellas podremos adentrarnos en la problemática de la historia y su eterno diálogo con el pasado, pues hablan de las genuinas concepciones del mundo que conviven y combaten en nuestro tiempo.

I. POSITIVISMO

El positivismo se caracteriza por entender y definir la Historia como el relato o la recopilación de una serie de acontecimientos sucedidos en el pasado transmitidos a través de las fuentes escritas. Precisamente por esta concepción, los positivistas consideran que el dato aporta un conocimiento absoluto ya que informa y permite comprender la Historia. En este sentido, la labor del historiador, según el planteamiento positivista, consiste en recopilar información y, a través de los distintos mecanismos de difusión, disponer de los resultados de la investigación histórica¹.

A pesar de que la mayoría de los autores que se han manejado para este capítulo coinciden con esta idea y con la utilización de dichas fuentes, existen algunas divergencias, o variantes que se observan sobre todo a medida que nos acercamos a nuestros días. Son cada vez más los autores positivistas que tienen en cuenta otro tipo de fuentes, sobre todo tras el surgimiento de la Nueva Arqueología y de

* Este artículo es el resultado de un trabajo desarrollado en el marco de la asignatura *Tendencias Historiográficas Actuales. Historia Antigua*, impartida por la Dra. M^a Cruz Cardete, cuyo asesoramiento y coordinación han sido esenciales a lo largo de todo el proceso. La iniciativa ha contado con el apoyo del Departamento de Historia Antigua de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid (UCM).

¹ KOLAKOWSKI, Leszels, *La filosofía positivista*, Madrid, 1979, p. 262; LÓPEZ SÁNCHEZ, José María, “La historiografía europea del siglo XIX”, en *Ídem, Las ciencias sociales en la edad de plata española: el Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*, Tesis Doctoral, Madrid, UCM, 2004, pp. 319-328.

otras tendencias historiográficas que de una forma u otra han influenciado a los historiadores².

El Positivismo enfoca la colonización griega a través de la utilización de las fuentes que más a mano tenemos, tanto literarias como arqueológicas. Por una parte, las fuentes escritas constituyen para ellos un testimonio de un valor incalculable, ya que se entienden como el fruto de un proceso de experimentaciones históricas acontecidas en el pasado, que han sido tanto transmitidas por los autores clásicos como compartidas. En cuanto a las fuentes arqueológicas, aunque de ellas se extrae información relevante, es minoritaria su importancia dentro de la vertiente más tradicional, si bien es complementaria con aquello que se puede obtener de las fuentes escritas y es aplicable para conocer los diferentes elementos que conforman una entidad cultural.

Los positivistas consideran que las fuentes sirven para recopilar la información del pasado, algo que, según ellos, el historiador realiza sin valoraciones, de forma objetiva, de modo que, en palabras de Fustel de Coulanges, “la Historia se hace con textos” o, según Langlois (1876-1929) y Seignobos (1854-1942), “los documentos son irremplazables; sin ellos, no hay Historia”³. Pero esta no implica que los textos antiguos puedan ser cuestionados, en cuanto a su veracidad y su contenido.

“La primera virtud del historiador tenía que ser el espíritu crítico: todo documento, todo testimonio sería, para empezar, objeto de sospecha; la desconfianza metódica es la forma que tomaría, aplicado a la historia, el principio cartesiano de la duda metódica, punto de partida de toda ciencia; sistemáticamente uno tendría que preguntarse ante cualquier documento: ¿pudo el testigo engañarme?, ¿quiso engañarnos?”⁴.

Una de las problemáticas para estudiar el Positivismo como tendencia historiográfica es que ellos mismos no se consideran como tal. Sin embargo, desarrollan para su labor un tratamiento de los datos y una catalogación, y por lo tanto, inconscientemente, en el desarrollo de dicha sistematización establecen una serie de principios metodológicos por los cuales no siempre tiene que darse un consenso entre los historiadores. Al tratar los datos, incluso inconscientemente, el historiador introduce unas ideas propias que convierten el dato en una interpretación, de modo que a pesar de no aceptarlo, el Positivismo también se puede asimilar como una tendencia concreta.

² En el caso de John Boardman (1975) que abarca también otro tipo de fuentes, sobre todo arqueológicas. Le consideramos un autor interesante para destacar este punto de vista, ya que en su obra queda justificada con el empleo fundamentalmente la arqueología para explicar la existencia de los colonos griegos “... puesto que su “arqueología” propiamente dicha va unida a la de la metrópoli”.

³ LANGLOIS, Charles Victor, SEIGNOBOS, Charles, “La búsqueda de documentación (heurística)”, en *Ídem, Introducción a los estudios históricos*, Salamanca, 2003, p. 59.

⁴ MARROU, Henri-Irénée, *El conocimiento histórico*, Barcelona, 1999, p. 79.

A pesar de que los historiadores positivistas no se consideren a sí mismos como parte de una tendencia, hoy en día es difícil identificar a un investigador como puramente positivista, ya que lo que predomina es el préstamo de pequeñas ideas de diversa procedencia, ideas que se han filtrado y que son aplicadas inconscientemente por las personas y por los autores sin asumir que son aspectos procedentes de corrientes historiográficas. Existen autores en la actualidad que no se posicionan en una sola tendencia, sino que, simplemente, han seleccionado varios aspectos de algunas de ellas y han confeccionado su obra, seguramente sin intención alguna de inclinarse hacia una tendencia u otra.

A través de las fuentes

Para el estudio de la colonización los positivistas han empleado múltiples obras de autores clásicos que reflejan claramente la importancia del fenómeno colonial griego. De entre los autores antiguos, Victor Duruy⁵, al hablar de la colonización jónica como la más importante de todas, se sirve de Heródoto (I, 162) como la única fuente literaria de verdadera importancia porque constituye la primera narración detallada sobre la historia griega arcaica. Pero otros autores positivistas también tienen en cuenta testimonios como los de Tucídides, Estrabón y Pausanias, sobre todo para referirse al ámbito geográfico de las colonias, junto con la corroboración de otros datos tales como la datación de la fundación de un determinado asentamiento o el referido a un hecho histórico o legendario. Lo mismo ocurre con John Boardman⁶, quien destaca a Hecateo de Mileto como una persona interesada por la geografía y por las leyendas.

Siguiendo la metodología positivista, la colonización se veía como el fenómeno migratorio por el cual, debido a numerosos factores, los griegos civilizaron al elemento bárbaro, es decir, al indígena, beneficiándose, a su vez, de las relaciones que se establecieran entre ambos. Utilizando los textos, Duruy, además de constatar la colonización a través de la existencia de diversos dialectos extranjeros en Asia según Herodoto, enumera numerosas causas que impulsaban las emigraciones de los griegos, sin detenerse en su explicación: “religión, carácter, posición geográfica, revoluciones interiores y exceso de población; y más adelante el deseo de extender las relaciones políticas de la madre patria, y de ocupar en su nombre y en lejanas tierras, puntos de apoyo para su dominación o su comercio”⁷.

Las causas principales que más destacan los autores positivistas son el alto nivel demográfico de una región o la búsqueda de rutas comerciales⁸. El modo en que se refieren a estas causas es aludiendo a relatos concretos sobre fundaciones de

⁵ DURUY, Victor, *Historia de Grecia*, Barcelona, 1859, p. 187.

⁶ BOARDMAN, John, *Los griegos de ultramar: comercio y expansión colonial antes de la era clásica*, Madrid, 1975, p. 30.

⁷ DURUY, V., *Opus Cit.*, p. 187.

⁸ FINLEY, Moses I., *La Grecia primitiva. Edad del Bronce y Era Arcaica*, Barcelona, 1987 (1984), pp. 112-118; BERMEJO BARRERA, José C., *Grecia arcaica: la mitología*, Madrid, 1996, p. 5.

colonias, como la de Naxos o la de Naucratis, de la que Boardman menciona su caso particular, siendo una sequía la que llevó a los agricultores de Cirene a emigrar.

“Los griegos se asentaron en Cirenaica al mismo tiempo que en Egipto; pero, si bien los de Naucratis eran mercaderes, los de Cirene eran agricultores. Una severa sequía en la patria les había llevado a buscar nuevos lugares en ultramar. El camino les fue facilitado por mercaderes que habían visitado ya antes el norte de África, y el establecimiento de colonias allí tenía un considerable valor comercial”⁹.

Es habitual encontrar en los manuales y en obras que tratan un tema específico una referencia al famoso Oráculo de Delfos y su papel en la colonización, ya que el sitio en que había de levantarse una población debía de ser elegido y revelado por la divinidad, según relatan las fuentes. Pero es interesante ver cómo un autor tradicional como Duruy aplica su propia interpretación al querer señalar que el oráculo no sólo sirvió para consultar el lugar y el momento adecuados para fundar una colonia o incluso ordenar la fundación, sino también para resolver disensiones entre pueblos buscando, tal y como comunica la Pitia, un legislador que dictase las leyes con la finalidad de establecer un cierto orden universal¹⁰.

Otro elemento que se destaca a través de esta tendencia es la importancia de la geografía para los griegos. Ya que las causas planteadas para la colonización se vinculaban con la economía y la agricultura, la elección del territorio se interpreta como vital.

“En primer lugar, encontrar una posición defendible: acrópolis escarpada, península e isla cercana a tierra firme, y este último emplazamiento es el que sin duda había sido ya buscado por los mercaderes que trataban con los indígenas. En segundo lugar, asegurarse de tener a mano buena tierra cultivable para mantener a la comunidad creciente”¹¹.

No sólo consideran la búsqueda de tierra adaptable para el cultivo importante sino también la presencia de ríos, como un vehículo de comunicación social y comercial y un elemento útil para moverse e ir explorando el lugar desconocido. Hay además otros factores que se argumentan a través del relato de la fundación de la colonia de Massalia, ciudad comercial importante, donde aprovecharon el curso del Ródano que comunicaba las Islas Británicas, lugar de procedencia del estaño¹².

⁹ BOARDMAN, J., *Opus cit.*, p. 162.

¹⁰ DURUY, V., *Opus cit.*, p. 193.

¹¹ BOARDMAN, J., *Opus cit.*, p. 171.

¹² DURUY, V., *Opus cit.*, p. 195.

Diversos ámbitos de estudio en el positivismo

La interpretación juega un papel fundamental en muchas obras positivistas, aunque esto no se reconozca. Para demostrarlo, plantearemos diferentes formas de entender la relación entre griegos e indígenas, que se pueden extraer de obras tradicionales. Una primera postura, plantea que los indígenas se muestran reacios ante la llegada de gente procedente de otras tierras y, sobre todo, al observar que su intención era la de asentarse de forma permanente. Dicha intención provocó ciertos enfrentamientos, alcanzando incluso un final fatídico ante, como afirman los positivistas, la superioridad griega¹³. Para justificar esto, utilizan la información de Heródoto (I, CLXX) quien nos cuenta que “*los Carios, después de haber habitado mucho tiempo en las islas, fueron arrojados de ellas por los Jonios y Dorios, y se pasaron al continente*”.

Otro punto de vista, contrario a la situación anterior, plantea la coexistencia pacífica, es decir, a través del intercambio de productos y de bienes cuyo resultado era el beneficio mutuo, se permitía la presencia griega en el lugar. Un ejemplo explicativo utilizado por Boardman es el impacto inmediato de las ideas y de la cultura griega en los sículos. A través de la arqueología, se han encontrado en muchos emplazamientos sículos vasos que son indígenas por su forma pero griegos por su decoración, y figuritas de bronce y arcilla, en las que se revela una interesante mezcla de estilos¹⁴. Junto a este intercambio de estilos, también cabría esperar alguna influencia indígena sobre los griegos, pero esta se limita al ajuste de pesos para el comercio, según esta interpretación. Existen planteamientos más recientes, como el de E. Ciaceri, en sus tres volúmenes de *Storia della Magna Grecia*, donde se otorga más importancia al papel de los indígenas¹⁵. Sin embargo, Dunbabin, quien recupera la idea indigenista a mediados del siglo XX, reconoce “sólo la presencia activa de los indígenas cuando estos ya se encuentran los suficientemente helenizados como para compartir las premisas culturales griegas”¹⁶.

Por último, otra visión se refiere a las relaciones mantenidas entre la colonia y la metrópoli, donde el lazo de unión se mantenía debido al empleo de las instituciones de la madre patria, a pesar de la autonomía de la que gozaban los colonos. Esta interpretación es argumentada a través de los datos sobre la elección de un jefe¹⁷ por parte de la metrópoli encargado de organizar el nuevo emplazamiento colonial.

Si bien se plantea una visión de la historia muy concreta y objetiva, queda claro a primera vista que la interpretación juega un papel evidente. Sin embargo, el aporte

¹³ DURUY, V., *Opus cit.*, p. 188.

¹⁴ BOARDMAN, J., *Opus cit.*, p. 196.

¹⁵ CIACERI, Emanuele, *Storia della Magna Grecia*, Vol. I-III, Roma, 1966.

¹⁶ DUNBABIN, T. J., *The western Greeks: The history of Sicily and South Italy from the foundation of the Greek colonies to 480 B.C.*, Oxford, 1968.

¹⁷ DURUY, V., *Opus cit.*, p. 197.

positivista para la investigación de este tema debe medirse en cuanto al trabajo de compendio, búsqueda y restauración realizado durante décadas, que nos permite hoy contar con una larga lista de textos y referencias a las cuales acudir. Aunque la propia corriente, a pesar de ser dominante en el mundo académico, se muestra hoy poco atractiva por su rechazo a la interpretación, el legado que nos deja en forma de grandes obras y textos clásicos es de incuestionable valor para el resto de tendencias, y debemos tenerlo presente a la hora de revisar su labor.

II. MARXISMO

Hemos visto ya la importancia que el positivismo ha tenido en la creación de las grandes compilaciones del saber. Pero si bien es cierto que este trabajo titánico ha alimentado los trabajos históricos de las diferentes tendencias – que, sin duda, lo habrían encontrado bastante menos estimulante –, por otro lado, se han visto inevitablemente condicionadas por el sesgo político que implican estas nociones y periodizaciones. Desde la óptica marxista clásica incluso la diferenciación estricta de colonización y relación causal resulta conflictiva. La razón de esta aparente incongruencia estriba en el determinismo economicista que vertebra la consideración de este proceso como necesario e inevitable por las propias necesidades materiales de las metrópolis para la supervivencia. Así pues, la colonización y sus causas se relacionan de forma intrínseca:

“En los antiguos Estados, en Grecia y Roma, la emigración coercitiva que tomaba la forma del establecimiento periódico de colonias constituía un permanente eslabón en la cadena social. Todo el sistema de esos Estados se hallaba edificado sobre la determinada limitación numérica de la población, que no se podía superar sin someter a un peligro la existencia misma de la civilización antigua. Mas ¿cuál era la causa de ello? Pues que a estos Estados les era completamente desconocida la aplicación de las ciencias naturales a la producción material. Sólo manteniéndose en exigua cantidad podían conservar su civilización. En caso contrario, se hubieran convertido en víctimas del pesado trabajo físico, que en aquel entonces transformaba a un esclavo en ciudadano libre. El deficiente desarrollo de las fuerzas productivas colocaba a los ciudadanos en dependencia de una determinada correlación cuantitativa que era imposible violar. Y debido a ello, la única salida era la emigración coercitiva”¹⁸.

La sociedad se concibe de esta manera como un gran organismo, un aparato de relojería cuya maquinaria interna se articula según la relación de la sociedad con la naturaleza. Es por esta razón que no debe sorprendernos el tono atemporal del aserto, pues todo fenómeno está determinado por las leyes que imperan en la infraestructura económica. En este sentido, y aunque pueda resultar paradójico, las causas de la colonización serían, por una parte, los problemas recogidos de las fuentes en convergencia con el positivismo: la falta de tierras, el hambre, etc.; aunque con el tratamiento propio de la anatomía social de Marx, esto es, las clases

¹⁸ MARX, Karl, ENGELS, Friedrich, *Obras*, Tomo IX, Madrid, 1975, p. 278.

y la dialéctica opresor-oprimido como punto de divergencia con el positivismo, en donde sí se evitan en la medida de lo posible los marcos teóricos sujetos a la interpretación subjetiva.

En contrapartida, el factor comercial resultaría inconcebible, pues el comercio requiere la existencia de superproducción. Sin embargo, el excedente dentro de este esquema resulta impensable por la economía de subsistencia derivada de las limitaciones tecnológicas a la hora de aumentar la explotación y transformación de la naturaleza, en suma, la productividad¹⁹. Por tanto, el comercio sólo podría entenderse como consecuencia y no como causa de la colonización. Una vez esa presión coercitiva disminuye, las nuevas tierras aportadas por las colonias permiten el nacimiento de nuevas clases sociales, fruto asimismo del proceso dialéctico. Haciendo una transposición perfectamente asumible desde el marxismo clásico, por la cualidad atemporal de las leyes economicistas, dice el *Manifiesto comunista*: “de los siervos de la Edad Media surgieron los vecinos libres de las primeras ciudades; de este estamento urbano salieron los primeros elementos de la burguesía”²⁰. Desde esta óptica, el comercio se habría desarrollado con posterioridad dando un proceso social análogo, la aparición de comerciantes como clase social emergente. La presencia de los artesanos, normalmente identificados con los demiurgos, sería un elemento social reducido en el periodo inmediatamente anterior al inicio de la colonización, pues la base económica a través de la cual se articula el modelo de sociedad según esta visión es casi exclusivamente agraria, fundamentalmente agrícola. Este pequeño estamento estaría formado por artesanos que fabrican los enseres cotidianos a nivel local y una pequeña minoría especializada al servicio de la oligarquía terrateniente. Esta es la razón, potencialmente económica, por la que normalmente se prescinde desde el marxismo clásico del comercio como posible factor causal, que más tarde se dinamiza con la potenciación de las rutas comerciales y el consiguiente auge de las manufacturas, de la explotación de recursos mineros²¹, etc.

En segundo lugar se encuentran las causas que encajan –más bien, se hacen encajar– en este modelo teórico osificado, como mecanismo necesario dentro de su concepción histórica, encuentren o no testimonios en las fuentes. Tal es el caso, por ejemplo, del elemento político que aparece levemente en las explicaciones, siempre imbuido de pretenciosidad. Escribe Struve “el proceso formativo de polis se cumplía en Grecia en las condiciones de una aguda lucha político-social. Los que iban siendo derrotados en tal lucha se dirigían generalmente en busca de refugios a países extraños”²². Un argumento que nace, por tanto, de la presunción

¹⁹ No así la producción, pues el hecho de la colonización como un fenómeno impuesto económicamente implica que la producción haya llegado a su máximo según sus capacidades de explotación.

²⁰ MARX, Karl, *El manifiesto comunista y otros ensayos*, Madrid, p. 29.

²¹ Para una reflexión interesante sobre la naturaleza de la economía en la antigüedad en lo relativo a producción, distribución y consumo, Vid. GONZÁLEZ WAGNER, Carlos, “Precios, ganancia, mercados e historia antigua”, en *Kokalos*, Núm. 4 (1995), pp. 797-822.

²² STRUVE, Vassili V., *Historia de la Antigua Grecia*, Madrid, 1986 (1974), pp. 161-162.

natural del conflicto inter-clasista ante las tensiones de naturaleza económica, con la consiguiente negativa una vez más del plano mental dirigido al control social. No es, sin embargo, tan importante la dominación efectiva como la percepción que pudieran tener de ella los dominados. Y es que la frase que abre el primer capítulo del Manifiesto Comunista no puede ser más reveladora en este sentido: “La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases”²³. No será hasta Gramsci cuando empiece a cuestionarse, dentro de su estrategia política para alcanzar la sociedad utópica, la realidad hasta entonces obviada de otros factores que pudieran impedir que tal conflicto preconcebido hiciera saltar el resorte del automatismo: la ideología. Y es que el efecto inhibitorio para la liberación de la humanidad, como más tarde potencia definitivamente el neomarxismo de la escuela de Frankfurt, puede ser tanto más poderoso que las propias circunstancias materiales una vez se naturalice en la sociedad.

Desde esta perspectiva pueden apreciarse así nuevas relaciones causales de la colonización, unas más explícitas que otras. Tal es el caso de las referencias salpicadas en las fuentes a diezmos dados como ofrenda humana a la divinidad – en buena parte a Apolo y su vinculación con el oráculo de Delfos–, que deben partir para poblar la nueva fundación. Por ejemplo:

“Regio es una fundación de los calcidios, que de acuerdo con un oráculo y a causa de una hambruna se ofrecieron a Apolo en concepto de diezmo, y luego cuentan que desde Delfos fueron enviados hasta aquí a colonizar, trayendo consigo también a algunos otros de sus compatriotas”²⁴.

No habría por tanto aquí dudas desde el neomarxismo en cuanto a la forma en que la religiosidad llega a supeditarse a los intereses de la oligarquía, legitimando su partida con el argumento solemne de la voluntad divina. La duda radica en la cuestión de hasta qué punto estos argumentos pudieran construirse en el presente de la colonización por los mencionados intereses o bien pudieran llegar a naturalizarse en el binomio ciudadanía-religión actuando con independencia. Esta consideración es importante puesto que, el hecho de actuar en el plano mental autónomamente implica la posibilidad de su pervivencia desligándose del origen más material del fenómeno, para integrarse en el ámbito cultural como contradicción en el proceso dialéctico.

La composición social de la colonia

La colonia, con su fundación, supone el nacimiento de un nuevo estado que, si bien mantiene vínculos siempre vigentes con la metrópoli, consta de una organización política *autónoma*. Quizás sea interesante hacer aquí, al menos, una aproximación acerca de cómo el marxismo entiende el establecimiento de lo que paulatinamente irá fraguándose como la oligarquía local, que hunde, o hace hundir, sus raíces en el *oikistés*. Las teorías generales acerca de la formación de

²³ MARX, K., *Manifiesto...*, p. 27.

²⁴ Estrabón, VI, 1, 6.

los estados, más aún cuando están imbuidas de posturas marxistas clásicas, suelen tender a conceptos evolucionistas en su explicación. De esta manera, ya presente en la historiografía alemana decimonónica, el estado se erige en el nivel de organización lógico dentro de la concepción organicista que, con leves pinceladas darwinistas, se eleva teleológicamente a una etapa *natural* del proceso social. El marxismo enfatiza la creación del estado como forma evolucionada de los lazos de dominación para consolidar un orden social fundamentado en la desigualdad. La diferencia radica, como apunta Víctor Fernández, en entender dicho proceso en base a la *complejidad* o bien a la *desigualdad* –a lo que podríamos añadir la dominación: “Complejidad sugiere una actitud descriptiva, objetiva y racional sobre un fenómeno natural e inevitable, mientras que desigualdad insinúa por el contrario una actitud interpretativa, subjetiva y emotiva sobre un fenómeno social y por lo tanto contingente y evitable. Mientras la primera produce conformidad de un trabajo científico bien hecho, la segunda induce a la justa indignación y empuja a la acción política aún pendiente”²⁵.

Esta digresión sobre la creación de los primeros estados quizás pueda parecer anecdótica en relación con la fundación de las nuevas colonias, pues éstas responden a realidades distintas. Sin embargo, sí puede ser útil para la reflexión acerca de las formas análogas en que una nueva entidad política, desde el neomarxismo, busca legitimarse como orden político, social y económico natural e incuestionable; y el *oikistés* como cúspide de la pirámide social requiere revestirse igualmente de los símbolos de la sacralidad. Un nuevo estado necesita renovar y construir de esta manera el entramado ideológico que, bajo la forma de derivado opiáceo, explica su propia realidad. No será hasta después de la II Guerra Mundial cuando el neomarxismo, que renueva el interés por los escritos del Marx joven, se detenga en estos aspectos de la superestructura que habían quedado velados en el Marx maduro de *El Capital* –con tan sólo algunas referencias salpicadas como la célebre frase *la religión es el opio del pueblo*, pero criticando igualmente a los socialistas utópicos por un voluntarismo que se anticipaba a las circunstancias materiales u objetivas.

La mayor parte de los estudios historiográficos dedicados a la exploración del ámbito socioeconómico han centrado su interés en clasificar –nunca mejor dicho– la sociedad arcaica en función de la tenencia de los medios de producción: “de esta manera la distinta posesión de la posesión rural llega en lo esencial a determinar la posición económica y social de las personas”²⁶. Este determinismo económico que vertebra lo social imposibilita la existencia de otras realidades que podrían ampararse en el ámbito cultural como, por ejemplo, oficios de prestigio como el rapsoda, el curandero, el séquito de la aristocracia, etc. Siguiendo esta lógica, en los primeros tiempos de la colonización la dualidad social se fundamenta en función de la distribución asimétrica de las tierras haciendo una

²⁵ FERNÁNDEZ, Víctor, *Una arqueología crítica*, Barcelona, 2006, p. 111.

²⁶ GSCHNITZAF, Fritz, *Historia social de Grecia*, Madrid, 1987, p. 58.

cierta transposición del esquema social metropolitano a la colonia, una asimetría que tiende a agudizarse con el tiempo.

Sin embargo, los problemas epistemológicos derivados de la falta de fuentes resultan especialmente graves cuando una tendencia que, como el marxismo, entiende la articulación de la sociedad en base a la propiedad, se sumerge en el agitado debate acerca de la posibilidad de propiedades comunales. Esta discusión nace del giro interpretativo sobre las obras homéricas. Hasta entonces, por influjo del desdén poético del positivismo hacia las obras que no narraran explícitamente un contenido específico y rastreable, Homero había escrito, o descrito, una aproximación distorsionada por la oralidad del mundo micénico en que se integran los acontecimientos de Troya. Pero ¿cómo no entender a Homero sin su presente? ¿No es acaso, más allá de entretener a la audiencia, una estampa de la percepción del pasado, de su memoria colectiva? Al margen del debate, perfectamente comprensible por la enorme complejidad de las obras homéricas, desdeñar la única fuente escrita que, junto con Hesíodo, contamos del periodo que nos ocupa sería un sacrificio difícilmente asumible y, podríamos decir, hasta temerario. Sin ir más lejos en este sentido, la intención de estas últimas líneas va dirigida a exponer la sensibilidad latente del materialismo histórico y su teoría social más esquemática, que se ve notablemente trastocada por unas leves alusiones a propiedad comunal en la *Ilíada*:

“Por el contrario, como dos hombres riñen por unos mojones / en un labrantío comunal con los instrumentos de medir en la mano / y en un reducido espacio disputan por una partición igual”²⁷.

En cualquier caso, y ante la imposibilidad de conocer si estas propiedades colectivas se transfirieron culturalmente a las colonias²⁸, el marxismo imprime su énfasis en que independientemente de si esta forma de propiedad pudo existir en sus orígenes, en cualquier caso, la dinámica socioeconómica habría ido imponiendo la concentración de tierras en una minoría hasta conformar la anatomía social que ya se observa claramente en época clásica. Este periodo, *oscuro* por la limitación de las fuentes, es entendido como un tránsito desde aquellas formas originales difícilmente reconocibles hasta el periodo liderado por los *eupátridas* y la creciente esclavitud por deudas que la legislación de Solón tratará de reconducir. En suma, el desarrollo de las estructuras de dominación, de la alienación de la humanidad tan sólo entendida en la distribución desigual de los bienes y de las propiedades. Y frente a la conciencia de clase, el anhelo por la propiedad y la posición inasequible de unas élites cubiertas por los ropajes de la dignidad, de la fortuna – al gozar del favor de los dioses – y de la tradición.

²⁷ *Ilíada*, XII, 421-423.

²⁸ La existencia de propiedad individual existe en cualquier caso y su compraventa con regularidad se insinúa en la obra de Hesíodo: debes contar con la gracia y el favor de los dioses “para que puedas comprar la parcela de otros, y no otros la tuya” (*Erga*, 341).

Los vestigios legados del pasado siempre han estado condicionados por la propia realidad social de forma evidentemente desigual. La mayor parte de esta herencia arqueológica y textual empuja, de esta manera, a una lectura histórica ciertamente mediatizada por este hecho hasta el punto de imbuir todos los estudios históricos hasta bien entrado el siglo XX – y, podríamos decir, hasta el presente–. Incluso los intentos que, como novedad capital, introduce el marxismo para la comprensión de la historia en un sentido social más amplio, han de pasar igualmente por el tamiz de los narradores de la épica aristocrática, de los poetas refinados o de la decoración de la cerámica de prestigio.

El interés por el oprimido, por el olvidado, elemento omnipresente a lo largo de toda la evolución del marxismo, está bellamente representado en la estampa de W. Benjamin del historiador como el traperero que ha de recomponer de los jirones de la historia la memoria de las mayorías obviadas, o expresamente silenciadas²⁹. Las excepciones que dan voz más directa y explícita de la mayoría social posiblemente sean la epigrafía y los grafitos – sin apenas testimonios para el periodo de la colonización –. Y es que incluso la concepción del poder y la tesis del pensamiento dominante desde el materialismo histórico, aunque pueda resultar paradójico, han jugado en ocasiones a favor de la omisión de otras realidades mentales en el elemento social difuso que podemos denominar *el pueblo*.

Tradicción, religión y poder

En este apartado se busca exponer, a través de algunos aspectos y ejemplos específicos, las formas en que desde el marxismo se ha entendido el plano de las mentalidades, en relación intrínseca con las nociones de poder y de dominación en las colonias; también, por supuesto, del elemento socioeconómico en su base. Dentro de la dilatada evolución teórica marxista el componente ideológico que había quedado subsumido en el marxismo clásico adquiere, con la escuela de Frankfurt, la importancia que antes se le había negado. Estas nuevas concepciones, como bien puede imaginarse, suponen una torsión profunda del entendimiento del proceso histórico y, sobre todo, de su finalidad como instrumento que actúa en aras de la transformación social.

Estos replanteamientos, que revitalizaron nuevas perspectivas historiográficas – e históricas –, si bien han servido para una profunda reflexión acerca de las lógicas ideológicas que imbrican la sociedad contemporánea de forma sistémica³⁰, en ocasiones encuentran una difícil adecuación a aquellos periodos lejanos del sesgo

²⁹ BENJAMIN, Walter, *La dialéctica en suspenso: Fragmentos sobre historia*, OYARZÚN ROBLES, Pablos (Trad.), Santiago de Chile, 2009, p. 117.

³⁰ Por ejemplo, la percepción de los objetos en nuestra sociedad que más tarde estudia Braudillard en *El sistema de los objetos* desde el postmodernismo: el fetichismo de la mercancía o la fantasmagoría de la que habla W. Benjamin, a través de las cuales la mercancía consigue presentarse desligada de su proceso productivo al consumidor, como si fuera autónoma, sin huella de su realización humana, como ideal de felicidad o, mejor dicho, como autorrealización personal con su compra.

normativo de la Ilustración contra el cual se articula la crítica, más aún si sumamos la reducida disponibilidad de las fuentes para el universo mental de la colonización. No existen así, los grandes ideales abstractos de progreso, de evolución, de desarrollo, sobre los cuales se habría construido la legitimación, o el pretexto, hasta conducir a ése *desencanto del mundo* que entona Weber en su metáfora de la “Jaula del hierro” y que el neomarxismo recupera³¹. La base fundamental del proceso dialéctico radica en la relación del hombre con la naturaleza, que en ocasiones suele identificarse de forma un tanto reduccionista con la economía³² por nuestras propias percepciones desde la vida urbana en un mundo globalizado.

Esa vocación transformadora del hombre sobre la naturaleza sería, desde la perspectiva del materialismo histórico, el trabajo y las relaciones de producción que de él se derivan. Hago esta aclaración para una mejor comprensión de cómo, partiendo de Marx, el neomarxismo ha entendido la esencia ideológica en esta dialéctica nacida de la pulsión entre la naturaleza y la humanidad. Resulta especialmente interesante para el tema que nos ocupa cómo Horkheimer y Adorno en su *Dialéctica de la Ilustración*, han concebido el sustrato ideológico en el mito, rastreando las huellas de algunas nociones de la Ilustración hasta en el relato épico de los poemas homéricos y, en concreto, en Ulises³³. Mientras otros protagonistas de la guerra de Troya –una guerra, ya de por sí, personalista según la narración– eran descritos su actitud valiente, combativa, por su rapidez, etcétera, a Ulises le destacan por una cualidad específica que se diferencia del resto: su astucia. No es un buen guerrero, no destaca por sus combates individuales, su actitud es genuina respecto al resto de los líderes griegos. Identifican a Ulises como la caracterización esencial de la racionalidad, de la racionalidad entendida en el mencionado pulso entre el hombre y la naturaleza. Parten de la tesis del mito como primer sustrato de la Ilustración. La Ilustración desmitifica el conocimiento, que ha de ser objetivo y, con ello, incuestionable; pero el mito asimismo servía en el mismo sentido, para explicar el pasado y fijarlo con la mitología, con la religión, un contenido doctrinario compartido con el *pasado eterno* del positivismo.

Independientemente de estas huellas de la Ilustración, no existe una base para consolidar un conjunto mental al vetusto tiempo de la colonización griega.

³¹ WEBER, Max, *Ensayos sobre sociología de la religión*, Vol. I, Madrid, 1983, p. 165.

³² Una confusión que preocupaba curiosamente al mismo Engels en virtud de las críticas llovidas con profusión hacia una teoría social que tachaban de economicista y reduccionista, tal y como puede observarse en una de sus cartas, enviada en 1890 a Ernest Bloch: “Según la concepción materialista de la historia, el factor determinante es, en última instancia, la producción y la reproducción en la vida real. Ni Marx ni yo alguna vez hemos afirmado otra cosa. Si luego alguien retuerce esta proposición y le hace decir que el factor económico es el único determinante, la transforma en una frase vacía, abstracta, absurda...”. (Fragmento tomado de la obra VOVELLE, Michel, *Ideología y mentalidades*, Barcelona, 1985, p. 9).

³³ ADORNO, Theodor, HORKHEIMER, Max, “Odiseo, o mito e ilustración”, en *Dialéctica de la Ilustración*, Vol. 3, Madrid, 2007 (1981), pp. 57-91. Un análisis de este excursus en GÓMEZ, Vicente, *El pensamiento estético de Theodor W. Adorno*, Madrid, 1998, pp. 31-35.

Asumiendo las limitaciones existentes, el neomarxismo en la vertiente de lo ideal ha desarrollado nuevas concepciones del poder que se alejan de los modelos más esquemáticos y unidireccionales, de carácter vertical y con especial énfasis en el estado, en la colonia-estado para este caso concreto. Estos vínculos de dominación, que se vertebran por todo el espectro ideológico, simbólico o político, parten de una concepción de poder que comparte cierto elementos con los micro-poderes de Foucault, es decir, el poder no fluye simplemente desde la infraestructura –lo que supone un poder que se irradia únicamente desde la clase privilegiada hacia los oprimidos–, sino un poder laminado y aprehendido en un sentido más amplio de lo social³⁴. Es decir, el neomarxismo observa la hegemonía ideológica de una minoría social que controla la mayor parte de los medios de producción, pero dicha ideología cala en lo social hasta alcanzar un componente cultural que actúa autónomamente y que obtiene su aceptación por los subalternos a través de una serie de instituciones enraizadas en la naturaleza incuestionable de la religión, la moral y la tradición. La asimilación del orden social vigente no se ampara, por tanto, en un mecanismo automático desde la más pura materialidad como sí concebía el marxismo clásico y puede observarse en la afirmación de Gschnitzel: “la riqueza también otorgaba de forma inmediata una alta prestancia: quien es rico pasa por ser feliz, por favorito de los dioses, por el hombre que hasta ahora ha obrado cabalmente y en adelante actuará de manera atinada”³⁵. La dominación se ejerce, por tanto, desde una multiplicidad de elementos que se alimentan recíprocamente hasta conformar el pensamiento dominante, el *sentido común*, lo socialmente aceptado frente a lo antinatural. Se concibe así la construcción o, siguiendo la terminología de Hobsbawm, *la invención de la tradición*.

Tradición inventada se refiere al conjunto de prácticas, regidas normalmente por reglas manifiestas o aceptadas tácitamente y de naturaleza ritual o simbólica, que buscan establecer ciertos valores, normas de comportamiento por medio de la repetición, lo que implica de manera automática una continuidad con el pasado. Las tradiciones sobre los orígenes remotos, míticos, de la fundación colonial, entran dentro de la misma lógica de otros procesos constructivos acerca del pasado como argumento de autoridad: la veneración hacia el padre fundador de la colonia – a Hesíodo se le honra enterrándole junto al fundador de Orcómeno³⁶ –, o la creación de las genealogías aristocráticas que crean lazos míticos de parentesco hasta entroncarse con los dioses, los héroes del pasado y el *oikistés*. Las relaciones sociales quedan mediatizadas por la religiosidad que impregna el mismo binomio ciudadanía-religión, desde las altas estructuras –como el papel sancionador del

³⁴ FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, México, 1977, p. 33: “Ahora bien, el estudio de esta microfísica supone que el poder que en ella se ejerce no se conciba como una propiedad sino como una estrategia, y que sus efectos de dominación no sean atribuidos a una “apropiación”, sino a unas disposiciones, a unas maniobras, a unas tácticas, a unos funcionamientos, que se descifre en él una red de relaciones siempre tensas, siempre en actividad: que se dé como modelo la batalla perpetua más que el contrato que opera una cesión o la conquista que se apodera de un territorio”.

³⁵ GSCHNITZEL, F., *Opus cit.*, p. 61.

³⁶ Lo que se traslada a las colonias con el culto al *oikistés*.

oráculo de Delfos— hasta la cotidianeidad de los individuos —los rituales, la moral, etc. Cabe reconocer el predicamento que, en este punto, ha tenido la visión de Althusser sobre la ideología como *la representación de las relaciones imaginarias de los individuos con sus condiciones reales de existencia*³⁷ aunque con posturas dispares en la intensidad de la ligazón entre lo ideal y lo material³⁸.

Todo este conjunto que he contenido bajo el título “Tradición, religión y poder” condiciona igualmente las relaciones con los indígenas quienes, si bien constan de formas sociales distintas en base a su modo de producción desde el marxismo, se ven paulatinamente condicionadas por la llegada de los colonos. La influencia se ejerce, así pues, a través de la denominada como *dialéctica negativa*, por la cual la síntesis no se entiende como producto de los opuestos, sino con la pervivencia de contradicciones. Este modelo teórico trasladado al contacto entre colonos e indígenas tiende a posturas del ámbito de la aculturación, aunque con la aplicación de los modelos genuinos del marxismo. Por tanto, la aculturación está, desde esta perspectiva, profundamente mediatizada por el plano de la desigualdad, por la asimetría entre los indígenas y los colonos, estos últimos con estructuras de dominación más desarrolladas³⁹. En el proceso de contacto y, por ello, de transformación, se van imponiendo paulatinamente las dinámicas económicas, culturales y políticas de los colonos, apoyadas también en el ámbito de lo ideológico como ocurre, por ejemplo, con las cerámicas de prestigio. Esta posición, tal y como podremos observar en el último apartado del presente ensayo, diverge de la hibridación del post-colonialismo. Una hibridación que reivindica, de forma un tanto idealizada, el papel del indígena en el proceso de transformación dentro de la dialéctica más puramente hegeliana.

III. ESTRUCTURALISMO

Como Estructuralismo se define, en términos generales, la corriente de pensamiento que nace en la Francia de los años cincuenta como una metodología de las ciencias humanas basada en la elaboración de relaciones constantes y sistemáticas entre los elementos fundamentales del fenómeno, tema o materia que se tome como objeto de estudio. En ocasiones, el estructuralismo se ha presentado a sí mismo como “anti-humanista” (en el sentido crítico con la concepción del hombre como sujeto libre y consciente que se había defendido) y “anti-historicista” (rebelándose contra la idea de una historia entendida como recorrido lineal y continuo⁴⁰), pese a lo cual, se ha convertido, a lo largo de su breve pero intenso recorrido por el mundo académico y de las publicaciones, en una de las

³⁷ ALTHUSSER, Louis, *Lenin y otros ensayos filosóficos*, Barcelona, 2007, p. 209; ŽIŽEK, Slavoj (Ed.) *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 115-155.

³⁸ FERNÁNDEZ, V., *opus cit.*, p. 83.

³⁹ Frente a la visión más tradicional, entendiendo el proceso en base al poder duro, a la guerra y al concepto de supremacía técnica y militar.

⁴⁰ CAMASCHELLA, Valeria (Coord.), *Filosofía. Schemi riassuntivi, parole chiave, glossari*, Novara, 2010 (1997), p. 324.

tendencias historiográficas de más influencia en las investigaciones de las últimas décadas, y de forma especial en aquellas dedicadas a la historia de Grecia. La razón principal de ello es el nuevo método de trabajo e interpretación que plantea, consagrándose por primera vez al estudio de las mentalidades y del componente simbólico e ideológico en Historia, y abriendo un nuevo horizonte de análisis y de planteamientos que otras corrientes anteriores (salvo contadas excepciones) apenas se habían interesado por esbozar.

En el capítulo que sigue, trataremos de plantear cómo se afrontaría el estudio de la colonización griega desde una perspectiva estructuralista, en la que el análisis puramente histórico (entiéndase aquí “evenemencial”, en el sentido tradicional que hemos mencionado anteriormente) no tendría lugar. Al estructuralista le interesa, ante todo, la colonización griega como mito, o como sistema a descodificar. La visión estructuralista sobre el fenómeno que nos ocupa se centrará en aspectos que podrían esquematizarse en distintos niveles de análisis (en concreto, tres), formas o vías de aplicación. En primer lugar, podrían emplearse las analogías con otras colonizaciones históricas conocidas de la Antigüedad; por otro lado, el estudio podría centrarse en analizar los diversos mitos griegos⁴¹ acerca de la colonización y los relatos fundacionales, tratando de comprenderlos dentro de su propia lógica y de su propio contexto⁴²; y por último, también sería posible analizar la colonización griega como una estructura en sí misma, como un sistema organizado en distintas células que pueden verse sistemáticamente aplicadas en un número considerable de ejemplos concretos de colonias y que, por tanto, constituirían, en su conjunto, una estructura⁴³.

El empleo de analogías con otras colonizaciones del Mediterráneo

Como hemos indicado antes, una de las vías más apropiadas para una mejor comprensión del fenómeno colonizador griego sería el establecimiento de analogías con otros procesos colonizadores que conocemos. La comparación con la colonización griega dirigida hacia la zona nororiental del Mediterráneo sería la primera en surgir, por razones obvias, pues responde, al fin y al cabo, al mismo sistema y parte de la misma iniciativa (la griega) que la occidental, si bien no son totalmente contemporáneas⁴⁴. Se trata de un proceso colonizador que se dirigió,

⁴¹ Si admitimos de base que la colonización como mito y reflejo de una estructura mental inherente a la naturaleza humana tendría una manifestación (por ello) en todas las culturas, el análisis debería llevarse, también, a algunos mitos fuera del mundo griego. Sin embargo, no hay lugar en este trabajo para la exhaustividad que requeriría tal estudio, y hemos considerado conveniente, en este aspecto, salvaguardar el contexto.

⁴² VERNANT, Jean-Pierre, *Mito y pensamiento en la Grecia Antigua*, Barcelona, 2007 (1965), p. 24.

⁴³ Estructura que formaría parte, a su vez, de una red de relaciones más amplia, compuesta por las estructuras que también supondrían el resto de procesos colonizadores que hemos mencionado en el primer nivel de análisis.

⁴⁴ Tradicionalmente, se acepta que la colonización griega se completaría en dos fases, correspondiendo la primera al proceso occidental, y la segunda, al oriental, que finalizó algo más de un siglo más tarde. En FINLEY, M. I., *Opus cit.*, p. 109.

fundamentalmente, hacia el área del Mar Negro, con algunos emplazamientos en Tracia, en islas cercanas y en ciertos enclaves de Asia Menor.

En segundo lugar, resulta especialmente destacable a este respecto el papel de las colonias fenicias, cuya relación con las griegas siempre se había considerado de interés, aunque en los últimos tiempos se está revistiendo de una importancia aún mayor. El hecho de que hayan podido documentarse ciertos lugares, como la isla de Sicilia, en los que convivieron colonias fundadas por ambos pueblos, junto con los datos procedentes de recientes investigaciones que parecen apuntar a que, al menos al comienzo de los movimientos coloniales en el Mediterráneo, la apertura de ciertas rutas pudo responder a iniciativas conjuntas y comunes de fenicios y griegos eubeos, puede aportar una gran cantidad de elementos para el análisis comparativo.

Por último, el fenómeno colonizador/municipalizador romano también podría ser llamado a debate en este sentido, aunque presenta una mayor distancia en el tiempo con las colonias griegas, y no obedece a unos modelos tan fácilmente asimilables, por lo que debe ser tratado con cierta precaución. Una precaución que, como es lógico, no hará otra cosa que crecer a medida que se vaya importando el modelo de la colonización griega a épocas cada vez más lejanas, si bien hemos de admitir que sería posible registrar, casi hasta la actualidad, ciertos elementos y patrones repetidos, síntomas de un sistema, en un gran número de procesos de este tipo.

Evidentemente, no podemos pasar por alto que existen diferencias significativas entre los procesos colonizadores mencionados, pero un estructuralista no daría especial relevancia a tales diferencias⁴⁵, ya fueran de cultura, tiempo o espacio concretos (consideradas “anecdóticas”, al fin y a al cabo), para resaltar por encima de todo las semejanzas, que se consideran más importantes y reveladoras de estructuras mentales subyacentes, comunes a todos los seres humanos. En palabras de Joseph Campbell:

“Por supuesto que hay diferencias entre las numerosas mitologías y religiones de los hombres, pero este libro está dedicado a sus semejanzas; y una vez que éstas hayan sido entendidas, ha de descubrirse que las diferencias son mucho menos grandes de lo que popular (y políticamente) se supone”⁴⁶.

Así, estas semejanzas podrían rastrearse en todos aquellos factores que las mencionadas colonizaciones tienen en común, como podrían ser: unas causas similares (económicas, demográficas, psicológicas, sociales...) para el comienzo

⁴⁵ El estructuralismo no niega la existencia de las diferencias, pero las matiza considerablemente: las diferencias serían tan sólo formas o representaciones (“significantes”, si seguimos la terminología lingüística estructural) que adopta un fenómeno que, en lo esencial, se mantiene sin perturbaciones a lo largo del tiempo y del espacio (el “significado”).

⁴⁶ CAMPBELL, Joseph, *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, México, 2009 (1949), p. 10.

de la actividad colonizadora; un patrón similar de asentamiento en los nuevos lugares a colonizar (con el establecimiento previo en pequeñas islas cercanas a poblaciones indígenas preexistentes, característica propia de la colonización fenicia, pero que también ha podido observarse en los ejemplos griegos); o unas formas de relación entre los colonos y el sustrato indígena presente en los nuevos territorios más o menos tipificadas, entre otros muchos elementos susceptibles de comparación.

El estudio de los mitos griegos referentes a la colonización

En lo que respecta al estudio de los mitos griegos en relación con la colonización, debemos comenzar recordando que el mito supone un elemento clave (tal vez podríamos decir, incluso, que se trata del elemento fundamental), para el análisis estructural de cualquier cuestión histórica. Siguiendo a Lévi-Strauss, interpretado por José Carlos Bermejo, el mito consiste en una forma de conocimiento (igual de válida y racional que el pensamiento científico⁴⁷) “que permite clasificar los datos empíricos de acuerdo con las reglas de una lógica específica, cuyo funcionamiento viene determinado tanto por los medios de comunicación de que una sociedad dispone como por la propia estructura que esa sociedad posee”⁴⁸.

Lo interesante del mito no es estudiarlo de forma aislada, sino como parte integrante de un sistema de pensamiento con distintos niveles de funcionamiento, cuyo análisis nos permitirá comprender a los pueblos, culturas o grupos humanos que emplean mitos, en su conjunto, es decir, nos preparará para entender la forma que estas sociedades tienen de ver el mundo, a la propia sociedad y, en último término, al hombre. El mito toma elementos de la naturaleza, del mundo vegetal y del mundo animal, de la meteorología y de la astronomía, así como del mundo humano, y los imbrica y relaciona dentro de estructuras significativas y formando códigos, que están dotados de una lógica propia. Estos códigos se entrelazarían entre sí, y a su vez, con otros fenómenos sociales, psicológicos y de todo tipo (es decir, con otros códigos), creando una doble trama de significaciones⁴⁹. Son estas mismas estructuras y sus códigos los que posibilitarán la relación con otros códigos que se encuentren dentro de estructuras y sistemas más amplios y diferentes, esto es, con elementos que se encuentren, por ejemplo, en la mitología de otros pueblos, y su consideración resultará, por ello, inestimable para el análisis estructural.

En relación con ello, el mito puede ser entendido (y lo es habitualmente dentro de esta tendencia) como un lenguaje, estructurado en elementos significativos mínimos denominados “mitemas” (a la manera de los “fonemas” de la

⁴⁷ Una idea sobre la que reflexionan y que comparten varios autores dentro de la corriente estructuralista, y sobre la que vuelve Bermejo Barrera en *Grecia arcaica...*, pp. 55-56, tomando como ejemplo el hecho de que los sistemas míticos siguen vivos después del surgimiento de las filosofías, y de una forma tan intensa como lo estaban antes.

⁴⁸ BERMEJO BARRERA, José C., *El mito griego y sus interpretaciones*, Madrid, 1988, p. 54.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 55.

Lingüística), que componen la estructura de cada mito concreto, y, al mismo tiempo, permiten enlazar unos mitos con otros⁵⁰, siguiendo el modelo de relación de códigos que ya hemos explicado brevemente arriba.

Esto sería lo básico en cuanto al funcionamiento interno del mito desde el punto de vista del estructuralismo, pero, además, debemos mencionar aquí la interpretación psicoanalítica que puede extraerse de las narraciones (“como producto del inconsciente y como justificación ideológica”⁵¹, pero cumpliendo una función similar a la del sueño, en tanto que manifiestan una tensión interna del individuo y de la sociedad), así como la sociológica (el mito entendido como representante de un grupo social), de forma que el estudio estructuralista puede incorporar en su método ideas provenientes de estas otras tendencias, áreas del conocimiento o corrientes de pensamiento y análisis paralelas.

Así pues, teniendo en cuenta todo lo anteriormente expuesto, los mitos griegos que aluden a fundaciones (a menudo, recogidos en las narraciones con ciertos visos –o al menos, pretensiones- “históricos”⁵² de autores como Estrabón, Heródoto o Tucídides⁵³) deben ser estudiados en profundidad, e interpretados considerando en su justa medida todos los elementos que hemos resaltado en este apartado y que proceden de la síntesis que realiza Lévi-Strauss y que sirve de guía para los historiadores de la “Escuela de París”, que se dedican al estudio y al análisis estructural, precisamente, de los mitos griegos. Jean-Pierre Vernant dejará más definido este método estructural, que para él, debe comenzar siempre con el estudio de la misma narración, del propio texto, del vocabulario específico que incluye y de los conceptos que el uso de este vocabulario supone, continuando con el análisis de las instituciones sociales que se ven reflejadas en el mito en cuestión⁵⁴. Valga como ejemplo de este planteamiento la siguiente reflexión:

“Bastante alejado de nosotros para que sea posible estudiarlo como un objeto, y como un objeto más, al que no se aplican exactamente nuestras categorías psicológicas de hoy día, el hombre griego, no obstante, está lo bastante cercano de nosotros para hacernos posible entrar en contacto con él sin demasiadas dificultades, comprender el lenguaje que habla en sus obras, alcanzar, más allá de los textos y documentos, los contenidos mentales, las

⁵⁰ BERMEJO BARRERA, J. C., *El mito griego...*, p. 56.

⁵¹ *Ibidem*.

⁵² Como se ha repetido muchas veces y se considera tradicionalmente, “la más antigua historia griega es el mito”, en ADRADOS, F. R., MONESCILLO, E. R., MZ.-FRESNEDA, M. E., *La literatura griega en sus textos*, Madrid, 1978, p. 119.

⁵³ Por citar tan sólo algunos ejemplos donde aparecen recogidos relatos de fundaciones coloniales: en Tucídides, al comienzo del libro VI de la *Historia de la Guerra del Peloponeso* (en referencia a las fundaciones sicilianas); en Estrabón, VI, 2, 4 (sobre Sicilia también) y VI, 1, 6 (sobre Regio); en Heródoto, IV, 153 (en referencia a Cirene); o en Diodoro Sículo VIII, 17 (acerca de Crotona y Síbaris).

⁵⁴ BERMEJO BARRERA, J. C., *El mito griego...*, pp. 56-57.

formas de pensamiento y de sensibilidad, los modos de organización de la voluntad y de sus actos⁵⁵.

Dicho análisis debería ser aplicado, por tanto, y de forma minuciosa, a todos los relatos míticos relacionados con la colonización de que disponemos dentro del mundo griego, para, así, poder extraer de ellos los elementos necesarios que permitan ponerlos en relación, y obtener una noción de cómo sería la percepción griega a este respecto (o deducir la significación que todo ello tendría para la mentalidad griega), teniendo en cuenta, también, las circunstancias concretas (el contexto) que caracterizan a cada momento creador de mitos y las transformaciones que sufre la sociedad. Se trata, como puede apreciarse, de una tarea inabarcable para este trabajo y en la que, por ahora, no tenemos ocasión de profundizar, por lo que la dejaremos tan sólo planteada, con vistas a un posible desarrollo en trabajos posteriores, pasando, a continuación, a exponer el último nivel de aplicación de la tendencia estructuralista al fenómeno de la colonización griega.

Una estructura propia tras la colonización griega

Como hemos anunciado algunas páginas atrás, la colonización griega puede ser entendida como una estructura en sí misma, y a explicar esta afirmación es a lo que dedicaremos este último apartado, el más extenso por las posibilidades de análisis que ofrece el concepto. Para ello, y con el fin de lograr una continuidad con la vía de aplicación o nivel de análisis expuesto en el apartado anterior, tomaremos dos ejemplos de narraciones en que se trata de la fundación de colonias griegas: un fragmento del canto VI de la *Odisea* (de los versos 1 al 12) y algunos extractos de la comedia *Los Pájaros*, de Aristófanes, entre los versos 753 y 891⁵⁶.

⁵⁵ VERNANT, Jean-Pierre, *Opus cit.*, p. 18. Para un ejemplo detallado de aplicación de este tipo de análisis estructural *cfr.* el estudio del mito hesiódico de Prometeo en VERNANT, Jean-Pierre, *Mito y sociedad en la Grecia Antigua*, París, 2003 (1974), pp. 154-169.

⁵⁶ A pesar de que podrían usarse otros muchos ejemplos, hemos escogido éstos por ser representativos de dos épocas y contextos distintos y distantes en el tiempo (y, por tanto, testimonios evidentes –siempre desde el punto de vista de esta tendencia historiográfica– de cómo la estructura pervive a lo largo de los siglos y a través de los cambios), y hemos creído conveniente que sólo sean dos con el fin de dotar de una mayor claridad expositiva a la comparación entre los distintos elementos. Resulta necesario señalar, en cuanto a las diferencias entre ambas narraciones, que el texto de la *Odisea* (sin entrar aquí en disquisiciones relacionadas con la “cuestión homérica”) se enmarcaría en un contexto de práctica contemporaneidad con los hechos coloniales (del siglo VIII a.C.), mientras que el fragmento de *Los Pájaros* se encuadra en el siglo V a.C., en términos de crítica y sátira de la sociedad ateniense del momento, usando las referencias al proceso fundador de colonias como alusiones a una realidad bien conocida por el público asistente a la representación de comedias. En VV. AA., *Historia del mundo clásico a través de sus textos, I. Grecia*, Madrid, 1999, p. 67. Además, se trata de dos ejemplos narrativos que pueden considerarse el “trasunto literario” del fenómeno colonizador griego (*Ibidem*), y no constituyen relatos históricos propiamente dichos, como los referidos en la sección anterior.

En ambos relatos, como veremos, es posible encontrar distintos elementos que pueden ponerse en comparación y en relación para extraer una interpretación más general (trascendiendo los ejemplos concretos) sobre el fenómeno que nos ocupa, y que delatan que, efectivamente, puede hablarse de un “modelo de colonización griega”, de un sistema formado por unidades menores que estarían insertas en la misma estructura, estableciendo conexiones entre ellas, y permitiendo, a su vez, la conexión con otros “sistemas de colonización”, en los que no tendremos ocasión de ahondar aquí.

En primer lugar, en sendos ejemplos se alude a las causas que impulsan la acción colonizadora. Los feacios del texto homérico se marchan, al parecer, como consecuencia del “daño” que les causaban los gigantes que habitaban su tierra de origen (dado que “eran más robustos”⁵⁷), mientras que, en el fragmento de Aristófanes, la nueva ciudad que se crea se ofrece como un lugar en el que puedan habitar los perseguidos por las leyes, los esclavos, los extranjeros, o incluso, cualquiera que no fuera feliz en su ciudad de origen⁵⁸. Ninguno de los dos extractos, como vemos, hace referencia a las causas típicas consideradas para el proceso colonizador griego⁵⁹, pero precisamente por ello, se trata de un valioso testimonio, que no refleja explicaciones “oficiales”, sino, más bien, de algún modo, los sentimientos y percepciones “reales” de los griegos de las dos épocas en que nos estamos moviendo ante el fenómeno de las emigraciones y colonizaciones; esto es, la mentalidad griega⁶⁰.

Por otra parte, estas narraciones también dan cuenta del papel que jugaría el *oikistés*, es decir, el fundador de la nueva colonia, que se encuentra, en ambos relatos, definido por las acciones que realiza y caracterizado, al fin, por su capacidad de decisión y su autoridad ante las demás personas que le obedecen⁶¹. En la *Odisea*, Nausítoos saca a los feacios de Hiperea y los asienta en Esqueria, mientras que en *Los Pájaros*, es Pistetero quien toma las riendas y marca las directrices de lo que será la nueva fundación.

Otro aspecto importante a destacar lo constituye la especial relevancia que se le da en ambos textos al nombre de la ciudad. Independientemente de las causas concretas que recogen los relatos, o se pueden deducir de ellos, para la elección definitiva de la denominación de la colonia (parece que para la Esqueria del texto homérico, el nombre podría responder a su carácter costero –derivando del término *scheros-*; mientras que, en la obra de Aristófanes, se termina seleccionando el nombre, en griego, de *Nefelokokkygia*, en alusión al entorno en que se halla emplazada la ciudad, y al hecho de que sus habitantes son pájaros⁶²), no cabe duda de que se trata de uno de los primeros y más apremiantes pasos a

⁵⁷ *Od.*, VI, 1-12.

⁵⁸ Aristophanes, *Aves.*, 753-891.

⁵⁹ Ya analizadas en otras secciones de este trabajo. *Vid. e. g.* II. Positivismo.

⁶⁰ VV. AA., *Historia del mundo clásico...*, p. 68.

⁶¹ *Ibidem.*

⁶² *Ibidem.*

seguir en el momento de una fundación colonial, y que obedecería, principalmente, a las circunstancias concretas y al medio físico que envolverían a cada colonia en el momento de su nacimiento.

Así, también constituye un momento clave la elección de una divinidad tutelar para la ciudad (que, en el caso de la Esqueria de los feacios en la *Odisea*, será Poseidón –para quien el *oikistés* edifica, probablemente, uno de los templos a que se alude en el fragmento que hemos tomado⁶³-, y en la ciudad que imagina Aristófanes, será un gallo –tras rechazarse la protección de Atenea Políada-), que, además, podemos encontrar referido en otras narraciones acerca del fenómeno colonizador griego, como en la noticia de Tucídides acerca de la colonización de Sicilia, cuando afirma que una de las primeras tareas de Tucles, el fundador de Naxos, consistió en erigir un altar a Apolo Arquegeta (Tucídides, VI, 3)⁶⁴.

Efectuados todos estos pasos, que dotarían a la nueva colonia de una existencia que podríamos considerar “espiritual”, en los dos ejemplos puede verse la intención de dar, a continuación, forma física a esta ciudad, proveyéndola de murallas (como vemos en el texto de Aristófanes), así como de casas y muros (como encontramos recogido en el pasaje de la *Odisea*); lo cual parece otra de las preocupaciones y cometidos esenciales del *oikistés* de la colonia, como puede deducirse de la perífrasis con la que Calímaco alude a los fundadores: “... pues quienquiera que en tiempos a alguna de estas ciudades alzóle muralla...” (*Aetia*, II, 54-55; o 68-70)⁶⁵.

Por último, y en estrecha relación con lo anteriormente expuesto, el reparto de lotes de tierra a los nuevos colonos constituye otro aspecto interesante a analizar en los relatos. En la *Odisea*, asistimos a cómo Nausítoos, directamente, “reparte los campos”⁶⁶, y en *Los Pájaros* (un poco más adelante del fragmento al que estamos haciendo continuas referencias en este apartado), vemos cómo llega a la recién creada colonia un tal Metón, con la intención de llevar a cabo la parcelación del territorio perteneciente a la nueva fundación⁶⁷; lo cual resultará un elemento fundamental desde el punto de vista económico, y también social, conforme avance el tiempo y la vida de la colonia.

Llama poderosamente la atención, no obstante, el hecho de que en ninguna de las dos narraciones que hemos analizado aparezcan referencias expresas al papel del Oráculo de Delfos como autoridad suprema y organizadora de los movimientos coloniales griegos; un aspecto que, sin embargo, puede rastrearse con facilidad en un gran conjunto de textos que no hemos incluido en esta explicación, pero que podrían ser igualmente válidos como ejemplos y suficientemente ilustrativos de la idea que intentamos transmitir.

⁶³ VV. AA., *Historia del mundo clásico...*, p. 69.

⁶⁴ *Ibidem*.

⁶⁵ *Ibidem*.

⁶⁶ *Od.*, VI, 1-12.

⁶⁷ VV. AA., *Historia del mundo clásico...*, p. 70.

Todos los elementos que hemos resaltado en este apartado, junto con algunos más que no aparecen reflejados en los ejemplos empleados, pero que podrían extraerse de otras narraciones de características similares (ya aparte de la cuestión del Oráculo), ponen de manifiesto, como puede verse, que la colonización griega seguía, en todas sus plasmaciones concretas, una serie de pautas fijas, permanentes, las cuales, englobadas en un mismo sistema de significación e interconectadas, permitirían comprender la estructura común oculta detrás de cada acto colonial aislado.

IV. POSMODERNISMO

Abordar un tema histórico como la colonización griega desde un punto de vista posmodernista, implica hacer uso de las herramientas teóricas y metodológicas que emplea esta tendencia para su análisis. Para entender estos métodos o técnicas de análisis tenemos primero que comprender la teoría detrás de la práctica, la idea vigente que produce una forma de interpretación.

En razón de seguir un orden intentaremos no perder el hilo y proponer una esquematización de elementos con su respectiva explicación, pero hay que tener en cuenta que este entramado teórico muchas veces se cruza, mezcla y difumina en diferentes planteamientos, hasta formar parte de un todo.

Crítica a la Modernidad

El primer punto esencial a tener en cuenta, es la actitud crítica a la “modernidad”, a las ideas establecidas en todo este proceso que se engloba a partir de la Ilustración. El posmodernismo entiende este periodo como un momento de creación y establecimiento de ciertas ideas que constituyen la base de la percepción occidental del mundo. Esta percepción es la que condiciona a la propia investigación, a todos los niveles, por tanto la aceptación de su existencia y el análisis de su formación son elementos esenciales para una mejor comprensión de la sociedad en la que vivimos.

La modernidad asume diferentes periodos y procesos, según los diferentes autores. Algunos van a englobar a la modernidad sólo a partir del proceso de la Ilustración, mientras otros se centran en el renacimiento o en el romanticismo posterior. Dejando estos planteamientos temporales aparte, todo depende de hasta dónde queramos rastrear ciertas ideas, y hasta dónde seamos capaces de identificarlas como propias de su contexto, y no como un reflejo del presente hacia el pasado⁶⁸. Peter Burke se refiere a este cuestionamiento no como una

⁶⁸ Este cuestionamiento es complicado a la vez que interesante. La naturalización de ciertas ideas dentro de la sociedad lleva no sólo a una comprensión esencialista de dichos conceptos, sino a su reflejo en nuestra interpretación de la historia. Por tanto, hay ideas que en primera instancia parece que podamos rastrear hasta en la prehistoria, pero habría que intentar identificar y

“crítica directa”, sino como una “nueva visión”⁶⁹; no como una actitud destructiva, sino analítica y curiosa. Es una postura que más que moderada parece cautelosa, ante el difícil establecimiento de unos límites para dicha crítica.

La idea detrás es bastante simple. La sociedad en la que vivimos ha sido construida en la modernidad, y los elementos que consideramos como absolutos, intocables y naturales, son en realidad producto de una construcción. Son los llamados por Lyotard *grand récits* o metarrelatos⁷⁰. La crítica se centra en ideas como la racionalidad y la objetividad, que se constituyen en la Ilustración como los baluartes de la ciencia, los motores del progreso. Esta mitificación de la Razón se une con el panorama de un incipiente sistema de poder burgués, que construye bajo todo un aparato “cultural” un nuevo discurso de poder que se va a desarrollar y modificarse con el tiempo para poder mantenerse.

A la hora de hacer historia, esta crítica se refleja en una serie de condicionantes, de elementos a tener en cuenta en el análisis histórico. Nos permite llegar a la aceptación de que toda historia es interpretativa, de que la percepción de la historia está condicionada por el investigador y la sociedad en la cual vive. La búsqueda de una comprensión exacta o “real” de los hechos es algo imposible, en tanto que nuestra visión y contexto condiciona nuestra interpretación e imposibilita asumir por completo una percepción ajena a la nuestra. Al plantear un tema de estudio como la colonización griega arcaica y clásica, debemos analizar estos procesos no como datos, sino como construcciones humanas, como procesos artificiales. Y en este sentido tenemos que distinguir también dos tipos de procesos construidos, cuya diferencia es clara en la teoría, pero muy compleja en la práctica.

Uno de estos procesos correspondería a la construcción de la idea de colonización en la antigua Grecia. La percepción de la sociedad griega estaba condicionada por

diferenciar qué ideas son realmente “naturales” y cuáles construidas. El posmodernismo, en principio, se va a cuestionar todo concepto esencialista.

⁶⁹ Peter Burke plantea varias formas de enfrentarse a la crítica de la modernidad: ignorando el cuestionamiento, eliminando directamente el concepto de Renacimiento o planteando una revisión o una visión descentralizada, opción última por la cual se decanta. BURKE, Peter, *El Renacimiento italiano y el desafío de la posmodernidad*, Buenos Aires, 2005, en SCHRÖDER, Gerhart, BREUNINGER, Helga (Comp.), *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión*, pp. 28-29.

⁷⁰ “Por metarrelato o gran relato, entiendo precisamente las narraciones que tienen función legitimante o legitimatoria. Su decadencia no impide que existan millares de historias, pequeñas, no tan pequeñas, que continúen tramando el tejido de la vida cotidiana”. LYOTARD, Jean-François, *La Posmodernidad (explicada a los niños)*, Barcelona, 1996 (1986), p. 31. También cabe resaltar la interpretación de Craig Owens: “(...) Lyotard diagnostica la condición posmoderna como una en la que los *grands récits* de la modernidad -la dialéctica del Espíritu, la emancipación de los trabajadores, la acumulación de riqueza, la sociedad sin clases- han perdido toda credibilidad. Lyotard define un discurso como moderno cuando apela a uno u otro de esos *grands récits* para su legitimidad; entonces, el advenimiento de la posmodernidad señala una crisis en la función legitimadora de la narrativa, su habilidad para obtener un consenso”. OWENS, Craig, *El discurso de los otros: Las feministas y el posmodernismo*, Barcelona, 1986, en VV.AA., *La posmodernidad*, p. 104.

toda una serie de elementos que formaban un discurso del poder. Esta visión era parte de una construcción de su época, un aparato artificial, que además funcionaba de forma dinámica, cambiando y modificándose según la necesidad y el momento. El segundo proceso es más reciente, y corresponde al periodo de la modernidad, a partir del cual se confeccionan las ideas de “historia” y de “colonización” que se mantienen hasta nuestros días. Aquí es cuando podemos aplicar este elemento de crítica al estudio de la colonización griega. La visión que se ha construido a través de historiadores positivistas parte de unos elementos “racionalistas”, de un imaginario idílico creado por la Ilustración, donde el proceso de colonización toma un significado que podemos denominar inconsciente. El estudio que se va a desarrollar en torno a la Grecia clásica estaba más enfocado a definir y beneficiar al propio proceso colonizador del XVII hasta el XIX. A simple vista, era una historia de lo “real”, objetiva y veraz. Inconscientemente, era una historia utilitaria e interpretativa.

La crítica a la modernidad nos permite cuestionar ciertas ideas que aún permanecen en nuestro imaginario a la hora de hablar de colonización. Ideas como la función civilizadora del colonizador, la superioridad social, el nivel de desarrollo en claves de economía y productividad, el progreso (entendido hoy en día como “técnico-informático”), la asimilación cultural o la explotación económica como principal motor del fenómeno. Si logramos poner en duda estas ideas, nos damos cuenta de dos cosas esenciales: una es nuestra incapacidad de entender por completo un proceso tan lejano y ajeno, y otra es nuestra imposibilidad de abandonar el contexto a partir del cual investigamos. Ser conscientes de los elementos que nos influyen, lejos de impedirnos realizar nuestra labor histórica, nos permite una cierta movilidad de análisis y una actitud de no dar por sentado ideas sin más, permitiendo incluso realizar una investigación más completa y crítica.

Relativismo

Esto nos lleva a un segundo punto de relevancia en la posmodernidad, y es el papel del relativismo como instrumento de investigación. Este es probablemente el punto sobre el cual la crítica hacia la posmodernidad se centra más. ¿Qué es el relativismo? Muchas veces el relativismo se asimila como un opuesto de “etnocentrismo”, y se lleva a un supuesto extremo en el cual uno puede afirmar que la ablación del clítoris o el Holocausto son actos aceptables. Esto se vincula con la idea, muchas veces repetida, de que el relativismo es una especie de “todo vale”, donde nada es malo y todo se acepta.

Esto es, evidentemente, una interpretación bastante confusa. El relativismo tal como lo postula el posmodernismo no es un “todo vale”, sino un “todo es relativo”. Puede parecer la misma afirmación, pero en realidad no tiene nada que ver una con la otra. Cuando se dice que “todo es relativo”, no se refiere a que todo se puede aceptar, o que no existen equívocos; a lo que se refiere es a que hay cosas que son aceptables y cosas que no lo son, pero todas ellas configuran una

especie de escala de valores, de consideraciones sociales, de límites morales, que forman parte de una sociedad concreta. El “todo es relativo” hace referencia a las diferentes escalas de valores que desarrollan diversas sociedades alrededor del mundo y en diferentes épocas.

Esta diferencia puede parecer una tontería, pero no lo es. Del “todo vale” al “todo es relativo” hay una distancia, y es la que establece el propio individuo que lo plantea. La posición que asumimos determina nuestra comprensión de los sucesos; esta afirmación en sí misma es el verdadero logro del relativismo. No se trata de plantearnos lo que es bueno o lo que es malo, sino de entender las condiciones en las cuales dichas ideas se construyen, y la influencia que tienen.

Una forma más dinámica de acercarnos al planteamiento posmoderno del relativismo la encontramos en Ankersmit⁷¹. Él utiliza la llamada “Paradoja del Cretense” para acercarnos a la problemática. Esta paradoja nos presenta a un cretense que afirma que “todos los cretenses mienten”. Ankersmit establece una relación directa entre la historia y la paradoja del cretense, de modo que llega a afirmar que “todos los historiadores mienten”, y explica así la multiplicidad de interpretaciones que pueden ocurrir sobre un hecho concreto. Pero su actitud frente a esta paradoja no es ni de desconcierto ni de rechazo, sino de asimilación. Él asume que la naturaleza de la historia es en sí misma paradójica, y así naturaliza el problema, lo entiende como un elemento intrínseco y propio.

Esto puede ocasionar un cierto reparo, sobre todo si tenemos en cuenta que uno de los elementos en el que más hincapié hace el posmodernismo en el estudio de los discursos de poder es en la naturalización de las ideas y los conceptos, la aceptación de que forman parte de la naturaleza humana o de la naturaleza de las cosas, y por tanto su justificación como herramientas del poder. Pero dejando a un lado esta crítica, el ejemplo que presenta es bastante práctico cuando lo orientamos hacia el tema del relativismo. El relativismo plantea en sí mismo una paradoja. La afirmación de que “todo es relativo” se contradice a sí misma, puesto que esta es una afirmación absoluta, pero el posmodernismo plantea esta paradoja como algo intrínseco, natural, como algo que forma parte del propio planteamiento, y por tanto es posible de concebir. Lo importante es, en todo caso, el valor que tiene como instrumento de trabajo a la hora de realizar una investigación. Si lo entendemos como un instrumento, la desmitificación de una idea única o Verdad, frente a la existencia de múltiples verdades, permite al investigador una variedad de opciones e ideas por donde moverse. La diversidad de posibilidades de interpretación enriquece el conocimiento y la percepción de los elementos de estudio, y es por tanto una herramienta a destacar de toda la tendencia.

⁷¹ ANKERSMIT, Franklin Rudolf, “Historiography and Postmodernism”, en *History and Theory*, Vol. 28, Núm. 2 (1989), pp. 142-143.

Volviendo a nuestro tema de trabajo, en nuestra comprensión de la colonización griega hemos diferenciado ya dos procesos diferentes, pero el proceso propiamente griego nos ha quedado un tanto desfigurado, una vez que le hemos quitado las valoraciones establecidas por el modernismo a la colonización. El relativismo como herramienta nos sirve aquí para configurar esa visión del proceso. La labor del investigador se convierte en la de definir cuáles son los valores establecidos dentro de dicho proceso, ajenos a los nuestros, productos de una sociedad y de unas motivaciones diferentes.

Las fuentes de la historia sirven como instrumento para acercarnos a estos valores. Las referencias de textos y materiales arqueológicos nos presentan un mundo de significados, ajeno, que construyen para los propios griegos sus modos de comprensión. Puede que la propia interpretación de las fuentes poniendo como objetivo la búsqueda de estos elementos concretos parezca chocar con la idea de pretender hacer frente a la objetividad; pero la meta no es en ningún caso reconocer estas valoraciones como “reales”, como verdaderas, sino como el producto de una investigación, de una interpretación. La percepción que se crea de la colonización griega, centrada en analizar este proceso de construcción de valores, no deja de ser una interpretación más, una forma de comprender la historia que no es más veraz ni más objetiva, sino que simplemente se corresponde con unas necesidades del contexto del investigador.

El Discurso del Poder

La desmitificación del valor natural de las cosas se une con el siguiente punto a tratar. El posmodernismo toma como uno de sus referentes más importantes las teorías de Hegel sobre la dinámica del poder, y hace especial hincapié en ese planteamiento de la naturalización de las ideas, como elemento de justificación del poder. El discurso de poder se convierte desde Foucault en uno de los elementos más importantes en esta tendencia, no sólo como un tema central, sino como una herramienta de comprensión de las sociedades. El discurso implica la construcción de una realidad que pasa a formar parte de una sociedad, se convierte en su percepción. La Verdad se difumina entre las verdades construidas y reinventadas por unos mecanismos discursivos que emanan desde diversos puntos de la sociedad. En este sentido, el discurso del poder es entendido en todos los niveles, no sólo el estatal, sino incluso el familiar. No existe un poder único, omnímodo y malévolos que diseña y controla; sino un conjunto de ideas que se van imponiendo, en ocasiones por un poder político, económico o militar, pero también por el desarrollo de costumbres, hábitos, necesidades o prácticas que no necesariamente se vinculan a una élite o poder superior. El poder se difumina entre la sociedad y la configura desde dentro⁷².

⁷² Foucault expone de manera sencilla esta nueva percepción del poder en: FOUCAULT, Michel, *Microfísica del poder*, Madrid, 1992 (1980), p. 114.

Llevar esto al estudio histórico implica que el posmodernismo se va a centrar no ya en los acontecimientos, ni en los personajes, sino en la percepción que la sociedad tiene de su momento histórico, y en cómo esa percepción se construye y forma parte de un discurso de poder que alcanza todos los niveles. Bajo esta perspectiva, la lectura de las fuentes se transforma, y el objetivo propio del historiador no es el descubrir una “Verdad”, ni un hecho, ni un pasado, sino intentar desentrañar la visión construida que tenían los propios individuos de su sociedad y de su pasado.

En el caso de la colonización griega, la percepción de los propios individuos estaba condicionada por unos elementos de poder claramente establecidos. Quizás el ejemplo más evidente es el papel que el Oráculo de Delfos va a cumplir en la asignación de colonias o de misiones colonizadoras. Las fuentes recubren la fundación de ciudades con un halo mitológico, que formaba parte de la propia visión de los griegos. Todo el discurso creado acerca de la colonización en los autores clásicos, que justifican sus causas y recrean motivos, forma parte del imaginario social de la época. Lo que diferenciamos ahora por mitología, apartándolo del plano real, no tenía ninguna división para ellos. Mito y realidad se unían en esa construcción del discurso que configuraba su percepción del mundo.

Estas dinámicas del poder se pueden rastrear a través del propio lenguaje. Carol Dougherty nos plantea un análisis a partir de las “metáforas” del significado de los conceptos más allá de lo que se aprecia. El lenguaje se revela como legitimador, creador de una identidad y herramienta esencial del poder. El Oráculo de Delfos, como regulador del proceso colonizador, utiliza estos instrumentos lingüísticos, estas metáforas, con sus presagios ocultos en acertijos, que permiten al poder jugar con el significado de las palabras; y también con la transformación de términos autóctonos en palabras griegas:

“Delphic Apollo provides the Greeks with another colonial metaphor as well; founding a colony is reenacted and represented through the act of solving a bilingual, punning riddle. The Delphic oracle is famous for its ambiguous language, in particular for riddles and puns, and the duality of a bilingual, etymological pun allows the Greek colonists to reinterpret local phenomena in Greek terms (...). The wordplay provides a Greek interpretation of a foreign place-name, and the particular Greek translation underscores the enduring nature of the Greek rights to the land.

Bilingual colonial riddles provide the mechanism for a kind of cultural translation, or more accurately, a kind of cultural appropriation, and in this way, they represent the contact the Greek colonists had with local populations and the results of that contact”⁷³.

Finalmente, dentro del discurso del poder debemos hacer referencia a otro elemento de la tendencia posmodernista: la búsqueda de los protagonistas más

⁷³ DOUGHERTY, Carol, *The Poetics of Colonization. From City to Text in Archaic Greece*, Nueva York, 1993, p. 158.

silenciosos (o silenciados) de la historia. En este sentido, los colonizados se muestran en la literatura griega como un agente tácito. La dominación de los griegos sobre estos colonizados muchas veces queda fuera de nuestro alcance por esta misma razón; desconocemos cómo se instaura el discurso de poder en la sociedad autóctona. Dougherty da importancia al matrimonio como instrumento de esta dominación; el acercamiento lingüístico es también interesante para plantear esta perspectiva.

El análisis deconstructivo

Una vez que hemos identificado unos elementos de ese discurso del poder, constructor de realidades, podemos aplicar sobre ellos otro método de estudio. ~~La~~ La Deconstrucción fue propuesta por J. Derrida como una alternativa, un estudio exhaustivo que analice el origen del planteamiento y sea capaz de cuestionar su naturaleza logocéntrica⁷⁴. La deconstrucción no consiste en dividir en piezas ni en destruir, sino en analizar el proceso de construcción de un elemento para poder localizar las razones de su existencia, su funcionamiento y su perduración.

La pregunta clave del posmodernismo es el cuestionamiento de las afirmaciones. Un simple “¿Por qué?” aplicado sobre una idea conlleva a buscar su argumentación, su origen, tras el cual se puede seguir indagando, cuestionando, hasta alcanzar el nacimiento de dicha afirmación. Este proceso de deconstrucción lleva a ver más allá de un planteamiento, lleva a buscar lo que se oculta ~~detrás de~~, y a centrar en ello el estudio. Nos planteamos por ejemplo el porqué concebir la colonización como un fenómeno vinculado sólo a la explotación, y nos encontramos con unos ejemplos más cercanos de colonización que tenían este principio, o con una sociedad preindustrial que se centra en la producción de recursos; o nos preguntamos el porqué nuestro cuestionamiento de las fuentes clásicas se centra en diferenciar el elemento mitológico de los hechos, y nos encontramos con una sociedad donde la idea ilustrada de la razón nos obliga a diferenciar planos “reales” de planos “religiosos”, o con una idea ontológica de la historia donde las fuentes como elemento empírico reflejan hechos sin interpretación.

Ya hemos visto cómo esto se puede aplicar a la colonización griega, al cuestionarnos las ideas que se crean sobre el término “colonización” y al ver la construcción de la historia antigua partiendo de unas ideas ilustradas. Más difícil resulta intentar deconstruir ideas propias de los textos clásicos, para intentar identificar el origen del discurso de poder. El buscar elementos propios del discurso colonizador griego, como la expiación religiosa, la figura del fundador, o el culto de la colonia, es sólo un primer paso. Deconstruir estas ideas nos lleva a

⁷⁴ Derrida aplica por primera vez este “método” con el cuestionamiento de las oposiciones binarias básicas del pensamiento filosófico europeo. DERRIDA, Jacques. *De la Grammatologie*, París, 1967, p. 25.

entender el papel que cumple el Oráculo como regulador, el *oikistés* como transmisor de una identidad o el culto como elemento unificador.

Sin embargo, estas interpretaciones planteadas también pueden deconstruirse desde el presente, cuestionándonos por qué interpretamos una figura reguladora, supra-estatal, de una manera tan natural (claramente la comparamos con otros organismos internacionales actuales, pero su papel sería muy diferente a eso, y sin embargo no nos cuesta entender que existiese una figura similar), o por qué consideramos necesaria una transmisión identitaria o una unificación social de la colonia (nuestra demanda de identidad se refleja inconscientemente en la interpretación, así como la idea de la unidad social como factor fundamental que configura un grupo humano, cuando dichas ideas podían entenderse de un modo totalmente distinto). Como vemos, aunque es aplicable a las fuentes, la deconstrucción funciona más como un método de análisis del investigador y su punto de vista, y tiene en ello su importancia. Reconocer nuestra perspectiva nos permite un trabajo más abierto y con mejores resultados, permitiendo la clara diferenciación de una tendencia historiográfica y de un contexto actual.

V. POSCOLONIALISMO

El poscolonialismo se postula como la reinterpretación del legado colonial de los siglos XVI al XIX de nuestra era, que mantenía una visión del mundo marcada por la hegemonía y superioridad absoluta de la civilización occidental -europea y blanca- frente al componente “incivilizado” y “retrasado” de las tribus y pueblos colonizados. Esta nueva tendencia busca la desaparición de esa concepción poco realista y manipulada del fenómeno colonial redactada, exclusivamente, por y para el mundo colonial –occidental- obviando e ignorando la presencia del otro factor de la ecuación, el indígena o colonizado; y a la vez pretende una reflexiva y correcta utilización de términos vinculados con la fenomenología colonial como colonización y colonialismo –olvidar sus connotaciones de dominación y superioridad *per se* de un pueblo sobre otro-.

“La utilización abusiva o inadecuada del concepto colonialismo alimenta justamente aquello que los críticos poscoloniales, que son quienes lo han introducido en los análisis históricos de la Antigüedad, han pretendido combatir -la colonialidad del pensamiento moderno- y ha restado valor a la deconstrucción que nosotros podemos realizar desde nuestra periferia, que no es geográfica, pero sí temporal. De hecho, una parte importante de la literatura integrada en la denominada arqueología del colonialismo puede acabar teniendo efectos contrarios y reforzar, a través de determinadas narrativas del pasado, el discurso colonial. Este es el caso, por ejemplo, de aquellas lecturas que niegan u olvidan que una relación colonial es siempre una relación de poder y de dominación, porque convierten el colonialismo en un término vacío de significado; o bien, de quienes asumen a priori que toda relación entre grupos que pertenecen a comunidades con estructuras y prácticas económicas y sociales distintas son siempre y desde un inicio

forzosamente desiguales, porque naturalizan las relaciones de dominación y explotación coloniales”⁷⁵.

Hay que hacer además una advertencia importante, y es que “en ningún caso hablar de colonialismo en el mundo antiguo significa establecer un continuismo entre el pasado y el presente, ni formular paralelismos directos con los fenómenos coloniales modernos. El colonialismo en la Antigüedad -como en la era Moderna y Contemporánea- responde a contextos socio-históricos específicos y, por tanto, forzosamente distintos”⁷⁶.

Origen y planteamientos del Poscolonialismo

El poscolonialismo es una corriente de pensamiento relativamente joven, ya que su aparición se fecha en el primer cuarto del siglo XX y el inicio de los grandes procesos descolonizadores acuciados por los problemas y secuelas de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, su consideración como una nueva corriente de pensamiento y vía para analizar la historia, se ha fijado en 1978, con la aparición de la obra *Orientalismo*⁷⁷ del palestino Edward Said, miembro, a su vez, de la conocida como “la santa trinidad”⁷⁸ poscolonial: el ya mencionado Said, Homi K. Bhabha y Gayatri Chakravorty Spivak. Y ya fuera de esta “élite fundacional” podríamos destacar al semiólogo argentino Walter D. Mignolo⁷⁹.

Como norma general, un poscolonial no se plantea la aproximación e interpretación de un contexto colonial a través de términos como colonización, colonia o colonialismo –dadas las connotaciones, ya expuestas, y de las que resulta difícil desligarlos-. Prefiere la aplicación de una nueva terminología concebida *ex profeso* para afrontar el mundo colonial. Por ejemplo, en vez de hablar de colonización como el movimiento de un determinado grupo humano hacia otro lugar totalmente desconocido; utiliza el concepto de “diáspora” o dispersión.

Centra su atención en el papel del indígena, la *agency* –la capacidad de acción de un determinado individuo-. Esto es, les da protagonismo y les coloca en igualdad de condiciones con respecto al colonizador. Y en relación a esto último surgirá, también, “el hibridismo”, basado precisamente en rescatar la función, la capacidad de interacción del ente autóctono, olvidando los modelos de intercambio basados

⁷⁵ DELGADO HERVÁS, Ana, “Colonialismos fenicios en el sur de Iberia: Historias precedentes y modos de contacto”, en CANO GARCÍA, Glòria, DELGADO HERVÁS, Ana (Eds.) *De Tartessos a Manila: Siete estudios coloniales y poscoloniales*, Valencia, 2008, p. 20.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 22.

⁷⁷ Primera edición en inglés: SAID, Edward K., *The Orientalism*, Nueva York, 1978. En castellano: SAID, Edward W., *Orientalismo*, Barcelona, 2003.

⁷⁸ Término acuñado por el estudioso poscolonial Richard Young en su obra *Postcolonialism. A very short Introduction* (2001).

⁷⁹ MIGNOLO, Walter, *The darker side of Western modernity: global futures, decolonial options*, Duke University Press, Durham, 2011.

en la aculturación, la imposición del –supuestamente- más fuerte –el colonizador- sobre el colonizado. Todas estas nuevas aportaciones de la metodología poscolonial tendremos la oportunidad de verlas en profundidad más adelante.

En cuanto a las causas del fenómeno colonial, el poscolonialismo no las establece como objeto de estudio, a diferencia de corrientes como el marxismo o el positivismo que plantean causas de tipo económico, social, político, ambiental, religioso, etc. Obviamente, los poscoloniales no rechazan tales hipótesis, se hacen eco de ellas, pero las colocan en un segundo plano, pues se centran en el marco colonial en sí, no en los motivos específicos que llevaron a tal situación -a no ser que éstos sean excepcionales o fundamentales para la explicación e interpretación del contacto entre colonizador y colonizado-. Pero ello no quiere decir que no se planteen el porqué, los motivos –pero unos motivos menos específicos, más extensos y difusos y de carácter cultural- que justifiquen el modelo y las formas de intercambio e hibridismo que se establezcan en la colonia. Para ellos es esencial conocer el bagaje previo de ambos grupos, no las causas puntuales que les llevaron a tal situación, ya que se trata de una tendencia que centra todos sus esfuerzos en el estudio de las transformaciones culturales y la cultura se percibe como un proceso lento y resistente, en el que no va a influir o modificar de forma drástica e inmediata una determinada coyuntura política, crisis económica, conflicto social, catástrofe ambiental u oráculo favorable.

El poscolonialismo y sus influencias

Como ya dijimos al inicio del trabajo, el poscolonialismo se ha formulado como la crítica de la interpretación del mundo colonial tradicional –heredada de la modernidad-, por tanto su vinculación con el posmodernismo es clara. Pero existe, también, otro vínculo, menos patente, que es aquel que mantiene con el marxismo del que acepta la desigualdad como variable constante, la opresión y el conflicto social como motor del cambio y la importancia del factor económico y social.

Del posmodernismo incorpora los denominados “estudios de género”, la importancia del factor cultural, la ruptura con el “evolucionismo”, la construcción de la identidad y la aplicación de la arqueología posprocesual. Así pues, los puntos de apoyo comunes con el posmodernismo, como podemos apreciar, son más numerosos que con el marxismo, ya que la sintonía y afinidad con este último presenta algunas brechas; se le acusa de practicar un análisis “simplista”, “economicista” y poco profundo de la compleja sociedad colonial, el tipo de sistemas de intercambio que se establecen y el reparto de poderes entre unos y otros. “La originalidad del contexto colonial es que la subestructura económica es también una superestructura (...) eres rico porque eres blanco, eres blanco porque eres rico. Es por esto que el análisis marxista siempre debería ser ligeramente flexibilizado cada vez que tenemos que vérnosla con el problema colonial”⁸⁰.

⁸⁰ BHABHA, Homi K., *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, 2004 (1994), p. 104.

Un elemento que el poscolonialismo no comparte ni con el marxismo ni con el posmodernismo es su “occidentalidad”. Ambas tendencias nacieron en Occidente y fueron planteadas por pensadores del “Viejo Mundo”. Por lo tanto esta “no-occidentalidad” es sumamente interesante y novedosa para el análisis del fenómeno colonial desde la perspectiva del colonizado. Pero, a su vez, esto mismo se ha manifestado como un problema para la introducción y aplicación del poscolonialismo en el ámbito académico occidental. Apenas conocido en comparación con el mundo latinoamericano o hindú –del que proceden la mayoría de sus representantes- y en donde goza de una importancia considerable ya no sólo como una corriente de pensamiento más, sino como un modo de reivindicación política, histórica y social, una forma de reconocimiento de su, todavía escaso, si no nulo, papel en la historia que nosotros –imbuidos en nuestro inevitable “egocentrismo occidental”– concebimos como la única y oficial.

“El poscolonialismo se define como una perspectiva crítica que desvela y denuncia como el conocimiento y la representación del colonizado (“del otro”) se ha generado en contextos coloniales e imperiales y ha sido una pieza clave en los proyectos políticos de hegemonía y de dominación colonial (...) La descolonización no se dirige tan sólo contra espacios y relaciones económicas y políticas, sino específicamente persiguen la descolonización intelectual y epistemológica del pensamiento moderno occidental. Descolonizar el saber es una de las consignas centrales de las críticas poscoloniales y descoloniales”⁸¹.

Los elementos clave del método poscolonial

“La diáspora”: Al utilizar este término como sustituto de colonización estamos sentando las bases para la introducción de un nuevo modelo de análisis netamente poscolonial. Pues las implicaciones que presenta esta palabra son mucho más “ligeras” y adaptable al objetivo poscolonial de la desmitificación del agente colonizador -como un elemento omnipresente y opresor- equiparando su capacidad de acción (su *agency*) a la del colonizado. Al mismo tiempo, hablar de “dispersión” en vez de colonización implica que el colonizador carece de unos claros propósitos o de un plan previo que guíe sus acciones y, por tanto, disminuye aún más su papel hegemónico, de autoridad, en la ecuación colonial⁸².

“El hibridismo”: es el resultado de la fusión de los elementos culturales de los distintos “pueblos” que habitan en un mismo marco colonial y que mantienen contacto entre sí. No ha de verse como una mera imitación de aquello que importan los recién llegados sino como fruto de la observación e incorporación de

⁸¹ DELGADO HERVÁS, Ana, “Poder y subalternidad en las comunidades fenicias de la Andalucía mediterránea”, en *Memorial Luis Siret, I Congreso de Prehistoria de Andalucía, la tutela del patrimonio prehistórico*, p. 1.

⁸² Resulta sumamente interesante los estudios del historiador norteamericano Gil Stein acerca de este concepto de “diáspora” y su clasificación en función de una serie de factores. STEIN, Gil J., “From Passive Periphery to Active Agents: Emerging Perspectives in the Archaeology of Interregional Interaction”, en *American Anthropological Association* (2002), pp. 908-909.

“lo nuevo” sin olvidar el *background* previo del pueblo aborigen. Cualquier elemento híbrido nos remite automáticamente a un nuevo contexto cultural, social, económico, etc. que rompe con el estado precedente de cualquiera de los dos protagonistas del intercambio colonial, y es por ello por lo que no podemos hablar de una simple copia o imitación; “la mimesis, la adopción y la emulación reelaborada de objetos y de prácticas relacionados con los modos de intercambio”⁸³.

“La otredad”: se vincula con la “alteridad” posmoderna y es un elemento clave de cara a la construcción y deconstrucción de la identidad de la nueva colonia, pues es a través del antagonismo, la oposición entre dos partes, dos entes, un opresor y un oprimido, un “yo” y un “otro”, un “colonizador” y un “colonizado” donde se crean, reconocen y negocian las identidades: “La ambivalencia productiva del objeto del discurso colonial: esa “otredad” que es a la vez un objeto de deseo y de irrisión, una articulación de la diferencia contenida dentro de la fantasía de origen y de identidad. Lo que revela esa lectura son los límites del discurso colonial y permite una transgresión de estos límites desde el espacio de esa otredad”⁸⁴.

La “*apoikía*” griega desde el poscolonialismo

La perspectiva poscolonial aporta nuevas formas de interpretación sobre la colonización griega occidental de época arcaica. En primer lugar, la revalorización de la figura del indígena –en los mismos términos que hemos explicado anteriormente- como un ente activo del marco colonial, cosa que podemos reconocer en las propias fuentes clásicas con la alusión, en determinadas ocasiones –cuando esa población autóctona no se muestra hostil sino abierta y favorable a la relación con los colonos griegos- de diversos “pactos”. Estos acuerdos entre dos pueblos, que se trataban de igual a igual, negociaban el reparto de tierras –los nativos eran los que mejor conocían esos territorios y podían optar por ayudar a estas comunidades diáspóricas a buscar nuevas zonas de explotación ante la escasez de las mismas en la nueva colonia -; la disponibilidad de mujeres –según las fuentes la *apoikía* sólo la podían llevar a cabo varones en edad productiva por lo que tenían que solicitar a la comunidad nativa un cupo de mujeres para fines reproductivos-; o la organización de la nueva élite colonial –a través, por ejemplo, de los conocidos matrimonios entre el *oikistés* y la hija del jefe de la comunidad indígena-. Pero este pacto dependía de que el grupo humano preexistente estuviese dispuesto a compartir todo con los colonos griegos. En caso contrario, tenemos testimonio de los denominados “pactos de esclavitud” en los que la libertad de la población autóctona quedaba supeditada a los deseos del *oikistés* y de su gente.

Otro elemento importante del poscolonialismo ha sido la inclusión del papel de la mujer en el estudio de los núcleos poblacionales “mixtos”. Concretamente, en el

⁸³ DELGADO HERVÁS, A., “Colonialismos fenicios...”, p. 30.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 92.

caso de la colonización griega, de mujeres de ascendencia indígena, al estar la *apoikía* protagonizada sólo por hombres. Así pues, la *agency* de la mujer indígena es fundamental y el estudioso poscolonial la entiende como la pieza clave para la construcción de la nueva identidad colonial, y la rastrea, fundamentalmente, en el mundo de la cocina y la gastronomía. Busca su testimonio en la perduración de una determinada vajilla de estilo indígena en un contexto en el que el resto de la cerámica nos remite a formas coloniales y/o helenizadas; en la utilización de una forma de cocción o de manipulación y preparación de alimentos –el molino de tipo indígena en vez de los molinos importados griegos, la cocción a horno o su preparación en el fuego del hogar, el modelo de consumo de los alimentos: crudos, en salazón, especiados...-; o en la elección de unos determinados ingredientes y no otros para la preparación de diversos platos –una semilla precisa, una tipo de harina especial, para hacer pan. “La atención a las prácticas de cocina y a sus materialidades permite visualizar y dar voz a otros grupos sociales silenciados por las narrativas coloniales, como es el caso de la mujer y romper con el androcentrismo que ha caracterizado tradicionalmente a estos discursos”⁸⁵.

Y para concluir, otra nueva perspectiva que ofrece, es el estudio de la cultura material del nuevo contexto colonial para demostrar que, salvo en casos dramáticos y en los que la población indígena ha sido arrasada, la cultura de ambos perdura y se entremezcla dando lugar a lo que los poscoloniales han denominado como formas híbridas, hibridación, elementos que presentan características de ambos grupos pero que resultan ser absolutamente novedosos, únicos y, ante todo, impensables, inviables sino estuviésemos ante un sistema de intercambio y negociación –en condiciones de igualdad– entre colonos e indígenas⁸⁶.

El hibridismo se puede rastrear a diferentes niveles: en el ámbito de la arqueología, además de en la cerámica –tanto de cocina como en la de mayor prestigio– se puede observar en la distribución y construcción de las casas –la importación de un modelo de habitación griego conocido como “la casa de planta helenística” que podemos encontrar a lo largo de todo el Mediterráneo occidental, la existencia de “barrios” dentro de las propias colonias claramente diferenciados en función del tipo de edificación que presentan si griega o indígena, el trazado urbano de la nueva *apoikía*–, en la existencia, localización y distribución de las necrópolis –en muchas de estas necrópolis coloniales la población enterrada era exclusivamente griega. Desconocemos, en muchos casos, los rituales de enterramiento indígenas que obviamente no quisieron adaptarse, al menos en un primer momento, al sistema heleno–, o en el tipo de rito funerario y su difusión -incineración o inhumación, en qué proporción y quiénes lo practican, la composición de los ajuares, el tipo de enterramientos funerarios.

⁸⁵ DELGADO HERVÁS, A., “Poder y subalternidad...”, p. 8.

⁸⁶ Dentro de este ámbito, vale la pena señalar los estudios de Michael Dietler sobre el “middle-ground” (el espacio híbrido, destinado al contacto entre grupos diferentes) en el sur de Francia, entre los griegos y los grupos autóctonos. DIETLER, Michael, *Archaeologies of colonialism: consumption, entanglement and violence in ancient Mediterranean France*, Berkeley, 2010.

Pero este fenómeno de la hibridación también se puede comprobar en aspectos menos “tangibles”, más abstractos, del contexto colonial como lo son la gastronomía –que ya hemos visto en relación al papel de la mujer-, la distribución espacial del hogar y de la nueva “colonia”, la organización de la vida privada y pública o la propia religión, con la predilección por unos dioses y no otros, la iconografía, la incorporación de divinidades indígenas al panteón griego, la pervivencia de festividades prehelénicas o el mantenimiento de los *loca sacra* (lugares sagrados o santuarios) a lo largo del tiempo. Estos últimos son quizás los más interesantes en el ámbito religioso, porque se mezclan en dichos lugares las costumbres y tradiciones que han marcado el devenir de una determinada comunidad, uniendo de alguna forma cultos preurbanos (a la naturaleza, a las divinidades de los bosques, fuentes o cuevas) con divinidades “oficiales”, del mundo griego, y asociándolos en el mismo espacio monumental.

De esta manera inicia un poscolonial su aproximación al estudio de la “diáspora” griega arcaica, teniendo en cuenta que el pueblo griego es un pueblo ecléctico y heterogéneo, que hasta el siglo V a.C., cuando se acuña el concepto de la *Hélade*, no se les puede considerar como una comunidad más o menos unida y estructurada. Este factor es sin duda el que más repercutirá en la diversidad -cultural, lingüística, política, religiosa, económica y cultural- de los tipos de modelo de intercambio con las diversas poblaciones autóctonas del Mediterráneo, enriqueciendo sus formas de hibridación.

REFLEXIONES FINALES

Si algo ha quedado en evidencia para nosotros a través de la investigación que ha suscitado esta publicación, es que la perspectiva del investigador juega un papel fundamental en la labor histórica. Lejos de la idea que inicialmente teníamos de la Historia como un elemento inerte que espera por ser descubierto, nos hemos encontrado cara a cara con un panorama variopinto, donde la posición en la que el investigador se encuentra es capaz de ofrecer unas conclusiones totalmente diferentes a las de otro punto de vista, incluso tratándose del mismo tema.

El elemento principal que configura las diferentes posturas, el cual hemos querido destacar en este artículo, es el método de trabajo y las técnicas de análisis que se adhieren a cada corriente. Cada ideología desarrolla unas herramientas diferentes a través de las cuales se puede construir una interpretación nueva. El uso de estas herramientas constituye para el historiador el principal método de trabajo.

Por ello, para concluir este artículo queremos destacar cómo el adquirir la capacidad de identificación y análisis de las diferentes corrientes historiográficas es vital para el investigador, ya que además puede valerse de ellas para definir su propia metodología de trabajo. Es, por tanto, un elemento fundamental para todo historiador y debe tenerse en cuenta a la hora de plantear cualquier trabajo.

Bibliografía

ADORNO, Theodor, HORKHEIMER, Max, “Odiseo, o mito e ilustración”, en *Dialéctica de la Ilustración*, Vol. 3, Madrid, 2007 (1981), pp. 57-91.

ADRADOS, F. R., MONESCILLO, E. R., MARTÍNEZ-FRESNEDA, M. E., *La literatura griega en sus textos*, Gredos, Madrid, 1978.

ALTHUSSER, Louis, *Lenin y otros ensayos filosóficos*, Barcelona, 2007.

ANKERSMIT, Franklin Rudolf, “Historiography and Postmodernism”, en *History and Theory*, Vol. 28, Núm. 2 (1989), pp. 137-153.

BENJAMIN, Walter, *La dialéctica en suspenso: Fragmentos sobre historia*, OYARZÚN ROBLES, Pablo (Trad.), Santiago de Chile, 2009.

BERMEJO BARRERA, José Carlos, *Grecia arcaica: la mitología*, Akal, Madrid, 1996.

_____, *El mito griego y sus interpretaciones*, Akal, Madrid, 1988.

BHABHA, Homi K., *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, 2004 (1994).

BOARDMAN, John, *Los griegos en Ultramar: comercio y expansión colonial antes de la era clásica*, Madrid, 1975.

CAMASCHELLA, Valeria (Coord.), *Filosofia. Schemi riassuntivi, parole chiave, glossari*, Novana, 2010 (1997).

CAMPBELL, Joseph, *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 2009.

CIACERI, Emanuele, *Storia della Magna Grecia*, Vol. I-III, Roma, 1966.

DELGADO HERVÁS, Ana, “Poder y subalternidad en las comunidades fenicias de la Andalucía mediterránea”, en *Memorial Luis Siret, I Congreso de Prehistoria de Andalucía, la tutela del patrimonio prehistórico*, Sevilla, 2010, pp. 293-304.

_____, “Colonialismos fenicios en el sur de Iberia: Historias precedentes y modos de contacto”, en CANO GARCÍA, Glòria, DELGADO HERVÁS, Ana (Eds.), *De Tartessos a Manila: Siete estudios coloniales y poscoloniales*, Valencia, 2008.

DERRIDA, Jacques. *De la Grammatologie*, Paris, 1967.

DIETLER, Michael, *Archaeologies of colonialism: consumption, entanglement and violence in ancient Mediterranean France*, Berkeley, 2010.

DOUGHERTY, Carol, *The Poetics of Colonization. From City to Text in Archaic Greece*, Nueva York, 1993.

DUNBABIN, T. J., *The Western Greeks: The history of Sicily and South Italy from the foundation of the Greek colonies to 480 B.C.*, Oxford, 1968.

DURUY, Víctor, *Historia de Grecia*, Barcelona, 1859.

FERNÁNDEZ, Víctor, *Una arqueología crítica*, Barcelona, 2006.

FINLEY, Moses I., *La Grecia primitiva. Edad del Bronce y Era Arcaica*, Crítica, Barcelona, 1987 (1984).

FOUCAULT, Michel, *Microfísica del poder*, Madrid, 1992 (1980).
_____, *Vigilar y castigar, Siglo XXI*, México, 1977.

GÓMEZ, Vicente, *El pensamiento estético de Theodor W. Adorno*, Madrid, 1998.

GONZÁLEZ WAGNER, Carlos, “Precios, ganancia, mercados e historia antigua”, en *Kokalos*, Núm. 4 (1995), pp. 797-822.

GSCHNITZEF, Fritz, *Historia social de Grecia*, Madrid, 1987.

KOLAKOWSKI Leszels, *La filosofía positivista*, Madrid, 1979

LANGLOIS, Charles-Víctor, SEIGNOBOS, Charles, *Introducción a los estudios históricos*, Alicante, 2003.

LÓPEZ SÁNCHEZ, José María, *Las ciencias sociales en la edad de plata española: el Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*, Tesis Doctoral, UCM, Madrid, 2003.

LYOTARD, Jean-François, *La Posmodernidad (explicada a los niños)*, Barcelona, 1996 (1986).

MARROU, Henri-Irénée, *El conocimiento histórico*, Barcelona, 1999.

MARX, Karl, *Manifiesto comunista y otros ensayos*, Madrid, 1983.

MARX, Karl, ENGELS, Friedrich, *Obras*, Madrid, 1975.

MIGNOLO, Walter, *The darker side of Western modernity: global futures, decolonial options*, Duke University Press, Durham, 2011.

SAID, Edward W., *Orientalismo*, Barcelona, 2003.

SCHRÖDER, Gerhart, BREUNINGER, Helga (Comps.), *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, 2005.

STEIN, Gil J., "From Passive Periphery to Active Agents: Emerging Perspectives in the Archaeology of Interregional Interaction", en *American Anthropological Association*, Vol. 104, Núm. 3 (2002), pp. 903-916.

STRUVE, Vassili V., *Historia de la Antigua Grecia*, Madrid, 1986 (1974).

VERNANT, Jean-Pierre, *Mito y sociedad en la Grecia Antigua*, Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid, 2003 (1974).

_____, *Mito y pensamiento en la Grecia Antigua*, Ariel, Barcelona, 2007 (1965).

VOVELLE, Michel, *Ideología y mentalidades*, Barcelona, 1985.

WEBER, Max, *Ensayos sobre sociología de la religión*, vol. I, Madrid, 1983.

ŽIŽEK, Slavoj (Ed.), *Ideología. Un mapa de la cuestión*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.

VV. AA., *Historia del mundo clásico a través de sus textos, I. Grecia*, Alianza, Madrid, 1999.

VV.AA., *La Posmodernidad*, Barcelona, 1986.

Otra bibliografía recomendada:

ARANEGUI GASCÓ, Carmen, VIVES-FERRÁNDIZ SÁNCHEZ, Jaime, "Encuentros coloniales, respuestas plurales: los iberos antiguos de la fachada mediterránea central", en *Arqueo Mediterrània*, Núm. 9 (2006), pp. 89-107.

AUBET, María Eugenia, *El comercio fenicio en Homero*, en RAMALLO ASENSIO, S. F. (Ed.), *Estudios de Arqueología dedicados a la profesora Ana María Muñoz Amilibia*, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, Murcia, 2003.

BAUDRILLARD, Jean, *El sistema de los objetos*, Madrid, 2003.

BENJAMIN, Walter,, *Tesis de filosofía de la historia*, Madrid, 1973.

BERMEJO BARRERA, José Carlos, *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, Vol. I, Akal, Madrid, 1994 (1982).

BUENO, Gustavo, "Un intelectual superior a su portera", en *lne.es*, 4/11/2009, <http://www.lne.es/sociedad-cultura/2009/11/04/sociedad-intelectual-superior->

portera/829587.html [21/5/2012].

CARDETE DEL OLMO, María Cruz, *Paisaje, identidad y religión: imágenes de la Sicilia antigua*, Barcelona, 2010.

CASCAJERO, Juan, “Notas sobre la familia romana a través de las fuentes orales”, en *ARYS*, Núm. 1 (1998), pp. 109-118.

_____, “Oralidad e Historia Antigua: una nueva motivación para el estudio del universo paremiológico”, en *Paremia*, Núm. 4 (1995), pp. 105-116.

CUOZZO BRUNO, Mariasunta, “Orizzonti teorici e interpretativi, tra percorsi di matrice francese, archeologia post-procesuale e tendenze italiane: considerazione e indirizzi di ricerca per lo studio delle necropoli”, en *Bolletino di Archeologia online*, Núm. 1, Roma, 2001, pp. 323-361.

DE COULANGES, Fustel, *La ciudad antigua*, Madrid, 1986.

DELGADO HERVÁS, Ana, “De las cocinas coloniales y otras historias silenciadas: domesticidad, subalternidad e hibridación en las colonias fenicias occidentales”, en *Saguntum: Papeles de Laboratorio de Arqueología de Valencia*, Núm. Extra 9, Valencia, 2010, pp. 27-42.

_____, “Encuentros en la liminalidad: espacios sagrados, contactos e intercambios en el sur de Iberia en los inicios del I milenio a. C.”, en *Bolletino di Archeologia online* (volume speciale), Roma, 2010, pp. 1-15.

_____, “Alimentos, poder e identidad en las comunidades fenicias occidentales”, en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, Vol. 18, Granada, 2008, pp. 163-188.

DELGADO HERVÁS, Ana, FERRER MARTÍ, Meritxell, “Alimentos para los muertos: mujeres, rituales funerarios e identidades coloniales”, en *Treballs d'Arqueologia*, Núm. 13 (2007), pp. 29-80.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, Adolfo J., “Los griegos de Occidente y sus diferentes modos de contacto con las poblaciones indígenas. II. El momento de fundación de la colonia”, en *CuPAUAM*, Núm. 18 (1991), pp. 149-177.

FARACI, Francesca, “Interetnicità in Sicilia: Il Rapporto fra Greci ed indigeni nel periodo della colonizzazione”, en *Atti del V Incontro Orientalisti: Visti dall' altra sponda, interferenze culturali nel Mediterraneo Antico*, Palermo, 2007, pp. 147-163.

FINLEY, Moses I., *Estudios sobre Historia Antigua*, Akal, Madrid, 1981 (1974).

_____, *La economía de la Antigüedad*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1978 (1973).

- GALLAGHER, Shaun (Ed.), *The Oxford Handbook of the Self*, Oxford, 2011.
- GODELIER, Maurice, *Lo ideal y lo material*, Madrid, 1989 (1984).
- GÓNZALEZ RUIBAL, Alfredo, “El giro poscolonial: hacia una etnoarqueología crítica”, en Departament d’Arqueologia i Antropologia institució Milà i Fontanals, Consejo Superior de Investigaciones científicas (CSIC) (Eds.), *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía*, 2006, pp. 41-60.
- GRAMSCI, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*, México, 1999-2000.
_____, *La conciencia de la revolución*, Buenos Aires, 1993.
- HOBSBAWM, Eric, RANGER, Terence, *La invención de la tradición*, Barcelona, 2002.
- HORKHEIMER, Max, *El eclipse de la razón*, Buenos Aires, 1996.
- HURST, Henry, OWEN, Sara (Eds.), *Ancient colonizations. Analogy, similarity and difference*, Duckworth, Londres, 2005.
- IRIARTE, Ana, SANCHO ROCHER, Laura (Eds.), *Los antiguos griegos desde el Observatorio de París*, Editorial Canales Siete, Málaga, 2010.
- LEONE, Mark P., “L’Archeologia storica nelle terre dei colonizzatori”, en *Bolletino di Archeologia online*, Núm. 1, Roma, 2001, pp. 267-281.
- MALKIN, Irad, “What’s in a name? The eponymous founders of greek colonies”, en *Athenaeum. Studi Periodici di Letteratura e Storia dell’Antichità*, Vol. LXVIII (1985), pp. 115-130.
- ROBB, John, “Beyond Agency”, en *World Archaeology*, Núm. 40 (2010), pp. 493-520.
- SANTOS YANGUAS, Narciso, PICAZO, Marina, *La colonización griega: comercio y colonización de los griegos en la antigüedad*, Madrid, 1980.
- SCIORTINO, Gabriela, “Decolonizzando i paradigmi coloniali. Gli indigeni nella Mozia Fenicia”, en *Atti del V Incontro Orientalisti: Visti dall’ altra sponda, interferenze culturali nel Mediterraneo Antico*, Palermo, 2010, pp.121-146.
- SNELL, Bruno, *Las fuentes del pensamiento europeo. Estudio sobre el descubrimiento de los valores espirituales de Occidente en la antigua Grecia*, Editorial Razón y Fe, Madrid, 1963.
- TEMPRADO ESTRANA, Manuel, “La ilustración de Ulises. Lectura de La Odisea a la luz de la Dialéctica de la Ilustración de Horkheimer y Adorno”, en A

parte Rei, Núm. 52 (2007), pp. 1-24.

VAN DOMMELEN, Peter, “Postcolonial archaeologies between discourse and practice”, en *World Archaeology*, Núm. 43 (2011), pp. 1-6.

_____, “Momenti Coloniali. Cultura materiali e categorie coloniali nell’archeologia classica”, en *Bolletino di Archeologia online*, Núm. 1 (2001), pp. 293-311.

VERNANT, Jean-Pierre, VIDAL-NAQUET, Pierre, *La Grèce ancienne, 1. Du mythe à la raison*, Éditions du Seuil, Paris, 1990 (1965).

Documentos audiovisuales

Teatro Crítico. Presentadora: Sharon Calderón Gordo. Participantes: Gustavo Bueno, Tomás García López, Marcelino Suárez Ardura. Teleasturias, 18/11/2009, disponible en: <http://www.youtube.com/watch?v=0sViEi2iCAE> [21/5/2012]